EL PAMPERO americano

Hijo audaz de la llanura
Y guardián de nuestro cielo,
Que arrebatas en tu vuelo
Cuanto empaña su hermosura...

N° 9 Buenos Aires - marzo-abril de 2004 $ 3

América del Sur y la coyuntura geopolítica

¿Podrá consolidarse un eje Brasil-Argentina-Venezuela?

Librar la *Segunda guerra de la Independencia* significa hoy para las naciones de América románica, sobre todo las del sur, avanzar en la integración económica y física, la coordinación geopolítica y por fin en una unidad política factible, en el sentido del *continentalismo* de Juan Perón y de la *anfictionía* de Simón Bolívar.

Esto es un desafío para nuestras naciones, constituidas con la *Primera guerra de la Independencia,* con mayor o menor (quizá muy escaso) margen de soberanía. Pero naciones al fin, que deben afrontar la etapa continental para sobrevivir ante la marea mundialista. Porque la unión sudamericana debe servirles para preservación de su propia existencia, de su soberanía, no para su disolución en una entidad nueva, mera parte del futuro "estado" mundial.

Esta construcción geopolítica está por encima de las diferencias ideológicas expresadas en los gobiernos y movimientos políticos que se la propongan. Naturalmente que esta diversidad derivará en su momento en diferentes modelos estatales, socioeconómicos y sobre todo educativos y culturales, para cada nación o para la entidad política superior que se pretende, pero éste es un debate distinto. Las diferencias ideológicas no deberían desviar del objetivo estratégico principal.

La "otra" integración

Con esto no ignoramos que la bandera de la integración ha sido tomada también por muchos que enfrentan la hegemonía norteamericana, no para fortalecer los Estados de América románica justamente, sino más bien para acelerar su disolución política y cultural y construir en la fragua de esa lucha un *nuevo sujeto* que deje definitivamente detrás las identidades políticas, surgidas de la independencia y luego perfiladas y consolidadas en estados soberanos (como la Argentina de Perón, el Chile de Ibáñez del Campo o el Brasil de Getulio Vargas).

Un ejemplo importante es el documento aprobado en una reunión de la *Compañía de Jesús* en Quito (ver p. 6) que convoca a enfrentar el proyecto geopolítico del ALCA y consensuar otra integración, "alternativa para las Américas". Pero exige "desarrollar un Sujeto social que planee y vaya acumulando fuerzas para lograrlo. Para ello ya no basta hacerlo sólo desde cada sector, sólo desde cada país. El reto es construir un Sujeto social multisectorial e internacional. Este sujeto está iniciando su construcción". Si no entendemos mal, *sujeto* de este modelo de integración no serían las naciones, sino esa entidad "multisectorial e internacional" cuyo contenido ya irán definiendo los jesuitas.

Por lo demás esta lucha se da hoy en un contexto internacional preciso, una confrontación entre distintas corrientes mundialistas sobre el modelo de gobierno planetario a imponer: el *unipolar* de la hegemonía norteamericana o el *multipolar* del poder compartido; como ***El P. A.*** viene señalando, dos modos de instauración de un gobierno supranacional. Esto ofrece oportunidades favorables a la geopolítica de unidad continental. Pero también, naturalmente, el riesgo de quedar incluido en la estrategia de alguna de las variantes que coinciden en dar por terminadas las soberanías nacionales. ¿También la de Estados Unidos? Esa es la cuestión.

El patio trasero ¿quieto?

A muy grandes rasgos la actual coyuntura geopolítica americana podría describirse así:

- EEUU se propuso profundizar su hegemonía en el continente americano, en especial a través del ALCA, que por eso hoy, más que un mero acuerdo comercial, es su principal herramienta *geopolítica* al respecto.
- Con el intento de ampliar un margen autónomo frente al poder norteamericano, surgió el eje geopolítico Brasil-Argentina-Venezuela, con ciertos avances que en cada país afrontan dificultades interiores serias.

EN ESTE NUMERO

Carlos de América
La globalización y sus guerras
Consuelos en tiempos de persecución
La fantochada del proceso Milosevic
La solitaria cruz de ñandubay
Los cisnes

◆ Aunque EEUU quiere impedir la consolidación de este eje, y la conversión del Mercosur en acuerdo sudamericano, la delicada situación de Irak y su precaria instalación en Asia central le hacen evitar, por ahora, frentes sudamericanos de conflicto. Por eso tendría que tolerar aquí márgenes de autonomía que le eviten problemas en el *patio trasero*.

El desafío consiste en aprovechar esta brecha para avanzar en la unión sudamericana. Sin olvidar que la confrontación ya está planteada, como surge de las declaraciones en marzo del general James Hill, jefe del *Comando Sur* de las fuerzas armadas de EEUU, a *La Jornada* de México y el *Comité de Asuntos Militares* de la Cámara de Representantes. O de lo que dijo José Dirceu (mano derecha de Lula) en el *4° Foro Iberoamericano* de noviembre en Brasil, donde propuso la integración militar de América del Sur (comenzando por industrias de defensa) y ayudar a Colombia (¿una salida *política* o una *militar*, con una fuerza interamericana?), evitando su ocupación por EEUU, que "no se irán más" y apuntarán luego a la Amazonia.

Por su parte, entre lo que preocupa al Pentágono en América Latina, Hill al narcoterrorismo, la corrupción y el crimen organizado le agregó la "nueva amenaza" de los *populismos radicales* antiyanquis (mencionó Venezuela y Bolivia) y el descrédito de las reformas neoliberales, como en el "consenso de Buenos Aires" (el acuerdo estratégico firmado por Lula y Kirchner en octubre pasado). Y ante la presión que por ello sufren los militares latinoamericanos, advirtió que el Pentágono profundizará contactos de "militar a militar". ¿Podría entonces EEUU estimular la aparición de focos de insurgencia que fortalezcan la posición de militares y dirigentes políticos *amigos*? Quizás no por ahora, mientras mantiene la estrategia de evitar conflictos en el patio trasero. ¿Y en el futuro?

Es obvio pues que el eje geopolítico sudamericano en construcción, sin resignar el objetivo de la unidad sudamericana, debe evitar conflictos que justifiquen una mayor intervención de la potencia hegemónica, en la que sus aliados sudamericanos serán muchos. Esta es la angosta brecha para el avance.

Pero desde el pasado setiembre se sucedieron hechos que permiten entender mejor la coyuntura descripta.

La reunión de la OMC

En setiembre pasado fracasó la reunión de la *Organización Mundial de Comercio* en Cancún, sobre todo por diferencias en torno al comercio de productos agrícolas. EEUU y la Unión Europea presentaron una propuesta común (no es poco, dado el deterioro en sus relaciones mutuas producido por la invasión a Irak). Pero a ella se enfrentó un grupo de países, entre ellos China, India, Sudáfrica, gestado por iniciativa de Brasil a la que se sumó Argentina. No es un hecho menor; no hay casi antecedentes de semejante división en el mundo, lo que revela que la compleja situación internacional puede abrir coyunturas inesperadas. Y esto desencadenó en Latinoamerica otros hechos, siempre con Brasil como principal protagonista. Aunque cuál será el rol definitivo que él juegue es una incógnita cuya resolución determinará en buena medida el rumbo futuro de los acontecimientos.

El ALCA

Sucesivas reuniones por el ALCA (la más importante en Miami, noviembre) terminaron empantanadas. EEUU no pudo imponerle a América un acuerdo uniforme, que no sólo implicaba amplia apertura comercial e importantes ventajas para sus empresas, sino disposiciones y normas sobre propiedad intelectual, compras gubernamentales, servicios financieros, etc. que significaban un golpe severo a la decisión de los Estados nacionales al respecto y por ende a la soberanía política de cada uno. Por fin aceptó negociar por separado con el bloque del Mercosur, luego de su fracaso en dividir a Argentina de Brasil (funcionó en esto el acuerdo Lula-Kirchner de octubre). Es obvio entonces que nuestros dos países dilatarán todo lo posible las negociaciones. Y que difícilmente haya ALCA en funcionamiento el 1° de enero próximo.

Aunque el actual desenlace de estas negociaciones puede computarse a favor del eje Brasil-Argentina-Venezuela (siempre a ritmo del primero), quedan muchas incógnitas. Como p. e. si este ALCA devaluado y que deja la industria del Mercosur más protegida (objetivo sobre todo de Brasil, que beneficiaría también a Argentina), es en definitiva un objetivo deseable o si habría que plantearse su rechazo liso y llano. ¿Existe en Kirchner y Lula convicción política para llegar más lejos? ¿O simplemente la brecha mencionada da margen sólo para un acuerdo acotado, no para el rechazo total?

En Miami quedó claro además que México, Colombia, Chile, entre otros, se inclinaron, contra Brasil, Argentina, Venezuela, Paraguay, Bolivia, ¿Uruguay?, por la posición norteamericana. México se integró al NAFTA hace tiempo; Colombia difícilmente pueda decidir con un mínimo de soberanía frente a Washington. Pero el caso de Chile, –esencial en las relaciones argentino-brasileñas para el equilibrio de un eje sudamericano autónomo, pero hace poco firmante de un acuerdo bilateral de libre comercio con EEUU– es una derrota estratégica para el proyecto de unidad sudamericana. Parece afianzarse así el esquema de un eje sudamericano del Atlántico, decidido a ampliar márgenes de decisión autónoma, y otro del Pacífico, más favorable al esquema yanqui. Sin contar con que en la Cumbre de las Américas de enero en Monterrey la cuestión del ALCA dividió las aguas también así.

Entretanto el Mercosur firmó acuerdos de libre comercio con Perú (ya los tenía con Bolivia y Chile) y los restantes

países de la Comunidad Andina (Venezuela, Colombia, Ecuador). Pero también EEUU los suscribió con los países de América Central (excepto Costa Rica) y se apresta a hacerlo con los de la Comunidad Andina (salvo Venezuela). La estrategia de unidad sudamericana tendrá por eso que plantear otras prioridades, como la integración física (vías de comunicación y energía) o la defensa (anticipada por Dirceu), para ir hacia la unidad política (como p. e. Lula y Duhalde postulan)

El pivote Bolivia

En este contexto los acontecimientos de mayor significación geopolítica se produjeron –y siguen produciéndose– en Bolivia. Pues ella está en el corazón geopolítico de América del Sur; se vincula con la cuenca del Plata, la Amazonia y la región andina, con una situación de inestabilidad interna o de conflicto externo que puede afectar el subcontinente entero. Podría hacerse una analogía con Afganistán en Asia Central, por su contacto con las esferas de influencia rusa, china, iraní, india, etc., recordando que ya está instalada allí la potencia hegemónica, más allá de las dificultades de Washington para no hundirse en aquel pantano.

La aplicación del *modelo neoliberal* llevó a Bolivia a una extrema tensión social y política. El proyecto de vender gas a EEUU, vía Chile, a cargo de un consorcio fundamentalmente británico –Repsol-YPF, Pan American Energy (British Petroleum) y British Gas–, puso al descubierto el saqueo de nuestros recursos por las multinacionales (Argentina es otro ejemplo con iguales protagonistas). Muy comprensible es así la caída de Sánchez de Lozada.

Pero es muy delicado plantear, como escape para la crisis interna, una hipótesis de conflicto externo: la recuperación de la salida boliviana al mar, por legítima que fuera, a costa de Chile. No sería la primera vez que intereses petroleros, aun apoyando grupos o movimientos en aparente confrontación ideológica con ellos, provoquen entre nosotros guerras que aprovechen la debilidad, las divisiones y las necesidades consecuentes en su propio beneficio. Pues hasta en el caso de que dicho reclamo fuese inspirado por intereses genuinamente bolivianos, no sólo se afectaría con él a casi todo el resto de América del Sur (Argentina, Paraguay, Brasil, Chile, Perú), sino que se daría magnífico pretexto para que la superpotencia intervenga, directa o indirectamente, y profundice su control entre nosotros.

En este marco debe evaluarse la actuación del eje Venezuela-Argentina-Brasil en el conflicto. Acierto inicial fue la mediación de los enviados de Lula y Kirchner, que permitió la solución pacífica (momentánea) del conflicto terminado con la renuncia de Sánchez de Lozada y la asunción de Mesa. Pero de alta imprudencia que Kirchner y Chávez intentaran reabrir la cuestión de la salida al mar. La mediterraneidad de Bolivia difícilmente se resuelva revisando acuerdos ya firmados (como si Argentina pretendiese ahora reconsiderar los del Beagle). La única solución posible está en el marco de la integración sudamericana, en la que a Bolivia la beneficiaría su situación geopolítica singular.

¿República india o Bolivia?

Bolivia puede ser entonces el Afganistán de América del Sur. Pero también el Kosovo que a través de un conflicto étnico sea punta de lanza de poderes mundialistas en avance contra nuestras naciones. La crisis boliviana mostró la fuerza de los movimientos indigenistas (muy activos también en el sur de Chile, en Perú y Ecuador), en particular de la *Confederación Sindical Campesina* que encabeza Felipe Quispe. El y otros han propuesto ya, sin ningún disimulo, dar por terminada la República Boliviana, surgida de la Guerra de la Independencia, y sustituirla por una Indígena, de base étnica sectaria. Quispe exige por eso representación de las etnias en el Parlamento y así la fragmentación de Bolivia en fracciones aymara, quechua, guaraní y, ¿por qué no?, blanco-mestiza, con los conflictos imaginables. Con lo que la supuesta reivindicación de *pueblos originarios* terminaría sirviendo a quienes se oponen a una América del Sur unida y libre (ver p. 5 y ss).

En efecto, el apoyo externo a una minoría étnica en Kosovo fue el pretexto para que EEUU y la OTAN hiciesen pie en Serbia. Hoy Washington tiene en Kosovo una de sus bases militares más importantes fuera del territorio yanqui, eslabón del cerco a Rusia que desde el Asia Central se proyecta también contra China. Planteos *étnicos* son lo que Bolivia y América del Sur menos necesitan. Pero es curioso que las etnias, tan cuestionadas en otros lugares del mundo, tengan respaldo mundialista tan fuerte en América, donde una vasta red de ONG, grupos religiosos, entidades culturales y demás, propician un indigenismo que parece delirante, pero que disuelve fundamentos culturales (la lengua) y políticos (el Estado) inexcusables, como paso de "retorno" a una extrema fragmentación lingüística y política, pretendidamente originaria. ¿Serán parte las etnias del "sujeto multisectorial e internacional" de los jesuitas, con su vasta experiencia desde las misiones guaraníes en instrumentar comunidades indígenas a la medida de sus intereses geopolíticos?

Pero si la gestión inicial de Argentina y Brasil facilitó la asunción de Carlos Mesa, su continuidad contribuyó a separar a Evo Morales de los sectores más radicalizados del indigenismo. Pues Morales mantendría la integridad del Estado boliviano, más allá del rumbo ideológico que pudiera imprimir a una eventual gestión futura suya como presidente (es el principal candidato si Mesa trastabilla). Pero cabe preguntarse si esta estrategia de contener a Morales y aislar a Quispe cuenta con el tácito aval norte-

americano. En otros términos, si estas gestiones pueden ubicarse o no dentro del margen de autonomía que Washington admitiría en estas circunstancias.

También habría que analizar si las gestiones de Lula y Kirchner para que Chávez lleve a cabo el plebiscito (hoy en duda) no se inscriben también en ese margen. Y si la eventual intervención de los países sudamericanos en la crisis de Colombia, como planteó Dirceu, no sería también un último recurso tolerado por EEUU.

De todo esto surge una pregunta clave: ¿pasaría Brasil a ser, con aval yanqui, la potencia regional dominante, reactualizando su viejo rol de potencia consular, o es que está aprovechando con inteligencia la coyuntura geopolítica para fortalecer el eje del Mercosur y su propio liderazgo en América del Sur?

Las debilidades

La consolidación de un eje sudamericano, por ahora con Brasil, Argentina y Venezuela como base, afronta, qué duda cabe, muchos desafíos. No son los menores las propias debilidades de sus respectivos gobiernos y los errores políticos que, más allá de las buenas intenciones de quienes los cometen, objetivamente conspiran contra ese objetivo.

En Venezuela, la profunda división producida limita no sólo la consolidación del gobierno de Chávez, sino el rol que pueda jugar el país en este esquema. Esta división recuerda demasiado la situación Argentina durante el segundo gobierno de Perón, enfrentado con la Iglesia, los sectores empresarios, las clases sociales más pudientes, casi toda la partidocracia liberal, etc. La experiencia argentina debería servir de ejemplo para no repetir errores que frustraron por mucho tiempo la consolidación del movimiento nacional.

En Brasil, la fuerte influencia del FMI y de sectores financieros mundialistas en el equipo económico de da Silva pusieron en jaque su gobierno, por el estancamiento económico y la imposibilidad de avanzar en los planes sociales. El debate que dentro de él generó el posible acuerdo mínimo con Argentina, para negociar con los organismos financieros, es una prueba elocuente. Aunque por fin se firmó un documento algo tibio –de todos modos un paso adelante– varios ministros desafiaron a su propio presidente (como Palocci, de economía), sin que se produjera su alejamiento, señal de que tales sectores conservan cuotas de poder significativas.

En Argentina, es claro que la necesidad de negociar constantemente con el FMI y de apelar a los buenos oficios del gobierno norteamericano ¡cada tres meses! es también severo límite para una política exterior soberana. El mejor ejemplo es el desenlace del encuentro Bush-Kirchner en Monterrey. ¿Qué ocurrió en definitiva? Washington inclinó la balanza a favor de la Argentina en el FMI, pero Buenos Aires morigeró su posición en Bolivia, suspendió el viaje del presidente a Cuba y tuvo que acordar en España el aumento de las tarifas energéticas (cuestión lejos de haber quedado resuelta). Estas son limitaciones objetivas que deben sortearse con este tipo de negociaciones, tratando de preservar lo mejor posible el interés nacional. Pues no existe hoy ninguna posibilidad de determinaciones como romper con el FMI o no negociar el pago de la deuda pública. Sería como "invadir las Malvinas", error estratégico cuyas consecuencias seguimos pagando.

Pero ¿qué necesidad tenía el presidente, a propósito de la política de derechos humanos, el museo de la "memoria" en la ESMA y la preferencia por Hebe de Bonafini (!), de poner en crisis su relación con el grueso del justicialismo, desplazando a los gobernadores? ¿No dio acaso la sensación de serruchar la rama en la que está sentado? ¿O pensará posible el reemplazo del acuerdo con los sectores peronistas que sostienen al gobierno (fundamentalmente el duhaldismo), por una transversalidad inexistente o por organizaciones de derechos humanos, de representatividad política irrelevante? Después del acto de la ESMA el gobierno se encuentra parado (¿desconcertado?), mientras aparecen problemas muy serios, desde la crisis energética al problema de la seguridad en el Gran Buenos Aires. Pero ¿no fue él mismo quien generó la crisis política? Nos preguntamos: ¿a qué intereses realmente responden algunos asesores muy cercanos al presidente, representantes de corrientes mundialistas que proponen p. e. la "justicia universal", en detrimento de la soberana, y tienen conocidos vínculos con centros de poder en EEUU o Gran Bretaña? A juzgar por los resultados, su "asesoramiento" es más que sospechoso. Con esos amigos, no hacen falta enemigos.

M. D.

LAS DOS FASES DE LA GLOBALIZACIÓN Y SUS GUERRAS

Solemos insistir en la necesidad de discernir en la globalización dos fases aparentemente contrapuestas, así como los recatados vínculos que unen una con otra. Pues mediante AMBAS son conducidas todas las guerras, larvadas aún o manifiestas ya, por donde el gobierno mundial consolida su dominio sobre cada rincón y cada pueblo del planeta.

1) La fase de los *opresores*, más ostensiblemente manejada por los poderosos del mundo en el orden político, militar y económico, *representada* por ahora sobre todo por un Bush, un Blair, un Sharon y los poderes que los promueven.

2) La de los *oprimidos* (ONU, ONGs, iglesias, organizaciones "solidarias"), que en dialéctico enfrentamiento opone a la anterior guerras diferentes, pero que sólo aspira a cierto tipo de afianzamiento, "consensuado" le dicen, de la misma tiranía global que por otras vías llevan adelante los primeros.

Siguen aquí algunos ejemplos, que los patriotas americanos deberíamos tener en cuenta.

- Un artículo del antropólogo yanqui Robert Hackenberg, cuyo título puede traducirse como *Hacia la antropología sin fronteras: trabajando en el valiente mundo nuevo postnacional* (publicado en *Human Organization* 59, 4, invierno 2000, pp 465 ss) da de la cuestión que nos concierne un preciso panorama.

Estamos según él ante un mundo sin fronteras donde los Estados, incluso USA, (*fase* 1) tendrán cada vez menos peso decisorio, para declinarlo en favor de la ONU y las ONGs (*fase* 2), sustancialmente financiadas empero por la condonación de impuestos a muchas de las corporaciones transnacionales "que nos place odiar" (*fase* 1 otra vez).

El autor se detiene, para ilustrar su tesis, en la serie de asambleas mundialistas, acontecidas todas en setiembre de 2000 y organizadas por la ONU en Nueva York.

1. La *Cumbre del Milenio*, donde 150 jefes de estado convalidaron el *Pacto Global* entre la ONU y las mayores multinacionales del mundo –acerca de derechos humanos y cuestiones laborales y ecológicas–, proclamado por Kofi Annan un año antes en la reunión de Davos.
2. Los "líderes religiosos y espirituales" se reunieron en cambio en la *Cumbre de la Paz Mundial del Milenio*, que otorgó a la anterior la bendición de TODAS las grandes religiones.
3. El *Camino hacia la Paz y la Cooperación Internacional* juntó en cambio para tratar sobre *solidaridad global* a las ONGs, *poder en la sombra*, las llama H., ante el cual dice que cede incluso el de los EE.UU.
4. Finalmente el *Foro 2000 sobre el Estado del Mundo* (¿o *Estado Mundial*?) que reunió 1500 "intelectuales" y analistas políticos, Gorbachov y Soros, entre ellos.

Todas estas cumbres compartieron la *doctrina Annan*, que da prioridad a los *derechos humanos* sobre los Estados nacionales: los límites de las naciones dejaron de ser inviolables "cuando los intereses humanitarios están en riesgo". Pero beneficiarios de estos "intereses" resultan siempre los movimientos separatistas, no los Estados que éstos procuran disolver. Así la ONU pudo pasar de 51 miembros en 1945 a los actuales 190, surgidos en buena parte de la fragmentación territorial y poblacional de aquéllos. Sin contar otros 52 ya en lista de espera en organizaciones mundialistas a propósito.

En suma, los estados *viables*, antes *soberanos*, deben ser debilitados, para que de ellos se desprendan mini-estados *inviables*, por falta de recursos humanos técnicos y económicos, que sólo consiguen su viabilidad entregándose a las ONGs y las multinacionales que las patrocinan, mientras reciben el apoyo de la ONU y son bendecidos por los "líderes" de las Iglesias, los del Vaticano entre ellos. ¿Pero qué diferencia de fondo hay entonces, para las naciones y sus pueblos, entre esta *doctrina Annan* y la mucho más publicitada y denostada *Doctrina de la seguridad nacional* de Bush y los suyos?

Entre los países más sometidos a las ONGs el autor cita –¡en el 2000!– a Haití (aunque hoy, cuando los desastrosos resultados de ese sometimiento están a la vista, los únicos inculpados resulten el vudú, los "chimières" o el "primitivismo" de los pobres haitianos, además de la corrupción estatal, por supuesto). Y luego ejemplifica con diversos movimientos separatistas del mundo. Aunque en América del Sur más a mano tenemos nosotros los que so pretexto de *identidad indígena* llegan incluso a sacar o poner gobiernos, apuntando a secesiones raciales y territoriales de las naciones donde ellos operan, pero todo esto sólo como paso previo, según dijimos, al protectorado de las ONGs y de los poderes económicos, institucionales, militares y religiosos del mundialismo que las sostiene.

Hasta aquí lo que interesa de esta cruda descripción del escenario mundial, hecha por un científico social difícil de inculpar como "políticamente incorrecto". Lo demás de su artículo es expresión de ese cínico pragmatismo "científico" que pretende indicar a quienes de él viven el mejor modo de moverse en las aguas turbias sobre las que navegan las ONGs que los contratan. Cínico pues, pero al menos poco iluso y bien informado, lo que nos basta para quedarle agradecidos.

Pues en esta alianza de la ONU con el dinero de las finanzas y la usura, por arriba, y con los mini-estados disolventes o las religiones "solidarias", por debajo, sin duda van concretándose proyectos como los de Gellner (Ver *Estado sin nación, naciones sin Estado* en El PA Nº 6) acerca de una *Agencia no étnica* gobernante y de muchas *naciones sin Estado* gobernadas.

Así lo indica también el *New York Times* del 3 de septiembre de 2000, que Hackenberg cita al comenzar su artículo:

"Para ciertos países –en su mayoría del mundo industrial– la Globalización es una oportunidad para expandir los patrones internacionales en leyes, desarrollo social y derechos humanos. Para otros –por lo general países en vías de desarrollo– presenta en cambio la afligente perspectiva de que las Naciones Unidas se encolumnen cada vez más íntimamente con los nuevos centros de poder: las grandes corporaciones, los gurúes de la alta tecnología y los íconos culturales del mundo desarrollado".

◆ Entre el 10 y el 13 de julio de 2003 sesionó en Quito un seminario jesuita que reunió laicos y religiosos de ambos sexos interesados, dicen ellos, por el bienestar de la entera población americana.

De allí un "Documento de los jesuitas sobre el ALCA" operante sin duda en el trasfondo de numerosos acontecimientos político-sociales y "religiosos" de América románica. En el trasfondo, sí, porque estos prudentes oficiales recomiendan a sus secuaces "evitar cualquier forma de protagonismo" e "integrarse en procesos, organizaciones y gestiones ya existentes". Tirar la piedra pues, pero escondiendo la mano, como siempre han querido los jesuitas en sus operaciones en América, desde el siglo XVII hasta hoy.

Consta el documento de cinco partes.

La primera se extiende en algunas de las dificultades que la aprobación del ALCA (*fase* 1) traería a nuestros débiles países, cuya soberanía quedaría por cierto anulada. ¿Será sin embargo la ilustre Compañía la que procure que no sea así?

La segunda parte resuelve esta duda. Nada tienen los jesuitas contra la "dinámica globalizadora". Sólo que hay modos y modos de llevarla adelante. Y ellos prefieren los de la *fase* 2 por cierto.

La tercera reverdece un tema caro a la Compañía ya desde los tiempos de Pascal (siglo XVII; ver sus memorables "Cartas provinciales"): la ética o, mejor, las éticas, una adecuada para cada ocasión o sector, en las que deberían hoy basarse los modos de globalización que los jesuitas prefieren. Habría que construir un ahora "Sujeto multisectorial e internacional", a cuya aglutinación subordinar las naciones soberanas. Supremacía de los derechos humanos, economía global, sustentabilidad del planeta, solidaridad (¡puah!), diversidad cultural y diálogo son algunos de los slogans con que nos quieren convencer de que la lucha por ciertos modos de la entrega es mejor que el afianzamiento de nuestros países en la soberanía por la que se desangraron las generaciones que nos legaron la Independencia.

La cuarta destaca lineamientos más específicos de esta globalización "alternativa", que los jesuitas impulsan mientras sus egresados de la universidad de Georgetown en Washington (Aznar p. e. da clases allí) nutren las filas de los funcionarios anglo o hispano hablantes de gobiernos y multinacionales que promueven la *fase* 1 de la misma.

Por fin, propuestas de acción hacia dentro de la propia Compañía, de la Iglesia y de la sociedad civil. Los recursos pedagógicos, financieros, políticos, "espirituales" de la poderosa Compañía capitalista deben ser afiatados pues para mejor impulso de todas las formas de subversión, de derecha o de izquierda, necesarias en tan "solidario" apostolado.

Hoy más que nunca es necesario leer y meditar entonces el *Dominus ac Redemptor* de Clemente XIV (*El breve que abolió la Compañía de Jesús*, La Plata, Hostería Volante, 1966), donde el memorable pontífice, atento a la destrucción de la Fe y de las naciones que esta Compañía secularmente promueve, la declaró a extinguida a perpetuidad.

◆ El "Sujeto multisectorial e internacional" en construcción necesita sin embargo, paradójicamente, de la rígida clausura cultural, lingüística, racial incluso, promovida por los movimientos indigenistas de nuestro contorno. Como *Pachakuti* por ejemplo, de creciente incidencia político-social en Bolivia, Perú y Ecuador.

Su titular boliviano, el mediáticamente publicitado "mallku" Felipe Quispe, no reconoce a Bolivia legitimidad alguna y reclama su sustitución por nuevos Estados –Kollasuyu, el "gran" Tahuantisuyu– de imprecisas fronteras que se extenderían sin embargo a través de las tres naciones mencionadas y sus limítrofes. Pues este antiguo trozko, otrora uno de los organizadores del Ejército Guerrillero Tupak Katari y actual estudiante de historia, en la universidad de una nación (Bolivia) y en una lengua (el castellano) para él repudiables, pretende ser vocero de historia, filosofía (!), leyes, religión, idioma (el aymara) que nada tendrían que ver con los occidentales; espera sin embargo que su lucha "se internacionalice" mediante la aglutinación de indigenismos varios. Su exacerbado racismo cuestiona a los blancos por cierto, pero *sobre todo* a los mestizos, como si hoy fuera posible y sencillo distinguir en América románica cepas indígenas no "contaminadas" por algún tipo de mestización. Estas pequeñeces no pueden arredrarlo empero: sus maestros jesuitas le han enseñado que lo que no existe se inventa. Y por eso también este antiguo marxista combatiente contra el "opio" religioso del pueblo, fácilmente pudo pasar, bajo la atenta supervisión, entre otros, de expertos nada menos que de la *London School of Economics*, a hacerse ahora adorador de supuestos dioses cósmicos pretendidamente pre-hispánicos (aunque para nuestro olfato con un marcado tufillo a New Age, igual que la bandera de *siete colores* presentada como del Tahuantisuyu).

En suma, el *melting-pot* o sujeto multisectorial, multicultural, multirracial resulta sinárquicamente obligatorio para los ciudadanos de los Estados legítimamente constituidos, a quienes se extorsiona para que se consideren culpables de variadas formas de discriminación. Pero esta obligatoriedad curiosamente no vale para Israel por cierto, según señalan con acierto diferentes analistas políticos del mundo, como tampoco, añadimos nosotros, para el indigenismo americano

ni para otros grupos y sectores amparados bajo un derecho *distinto*, propio de las "minorías". Pues basta con que éstos contribuyan a disolver Estados y a desatar contra las naciones guerras adecuadas para que la mundialización progrese, para que todas las discriminaciones y racismos les sean permitidos y alentados.

Podría estar promoviéndose así una balcanización americana, de no muy difícil relación con los enclaves terroristas del mundo encolumnados en la globalización *fase* 2, como tampoco con los poderes mundialistas, *fase* 1, sin cuyo solapado estímulo claro que ni este terrorismo ni sus resonantes atentados, como el de Atocha, podrían existir.
(ver <http://www.narconews.com/felipe1es.html> y <http://linux.soc.uu.se/mapuche/newsjugrab031013.html>)

◆ En 1968 el entonces papa Montini comenzó a hacer público el primer día de cada año un mensaje en honor de lo que llamó *Jornada Mundial de la Paz*, costumbre seguida estrictamente también por Wojtila, su sucesor. El *mensaje 2004* para esa Jornada se mantuvo por cierto en la tesitura *sociomórfica* de los precedentes.

Porque en la tradición *theomórfica* de la Iglesia –escrituras y concilios, padres y doctores– paz alude a la conciliación que, luego de la caída original, se alcanzó entre lo divino y lo humano gracias a la encarnación del Logos y especialmente al sacrificio de la Cruz. *Paz* es pues allí un nivel de la transfiguración propuesto para todos y todo lo congruente con la Cruz misma y la sagrada sangre derramada en ella (ver p. e. San Bernardo, *Sermones sobre el cantar de los cantares*, Nº 2).

En el sociomorfismo de Roncalli, Montini o Wojtila y de las jerarquías eclesiásticas que los obedecen, paz se refiere en cambio a un objetivo estrictamente mundano a alcanzar por graciosa dispensación de los organismos sinárquicos que en verdad promueven y conducen la guerra, como esta nota indica. El aludido mensaje del 2004 cita expresamente entre esos organismos a la ONU, las ONGs y las organizaciones pro derechos humanos.

No puede extrañar pues que tal mensaje se congratule también de ciertos "principios universales" que supone "anteriores y superiores al derecho interno de los Estados". O que quiera convencernos de que para "proteger la paz" fundaron la ONU los triunfadores en la 2ª Guerra Mundial. O de que desde entonces esta institución mundialista "ha contribuido a promover notablemente el respeto a la dignidad humana, la dignidad de los pueblos" y bla y bla. Pero todo este nominalismo desaforado culmina cuando Wojtila propone que la ONU se convierta nada menos que en el "centro moral" de la humanidad, en virtud del cual las naciones desarrollen la "conciencia común"; lo que dado el contexto no puede sino querer decir que resignen irrevocablemente su vocación soberana, claro.

Del mensaje 2004 de Wojtila podemos sacar pues las siguientes conclusiones:

1. Sin perjuicio de su íntimo nexo con los que promueven la *fase* 1 de la globalización, la geopolítica vaticana ha preferido alinearse, públicamente al menos, con los de la *fase* 2; mala noticia, visto incluso lo que pasó con Aznar, para la continuidad de Bush y los suyos al frente de la potencia hegemónica. ¿Estará por pedir el Vaticano su ingreso formal a la ONU? Sabemos en todo caso de sus vínculos con las redes de ONGs "solidarias", sin cuya cobertura serían imposibles muchas operaciones americanas, desde el zapatismo, casualmente orientado por el "ex" jesuita Marcos, hasta las FAR colombianas, el ya mencionado Pachakuti o los movimientos indigenistas, sin tierra, piqueteros y sus descabelladas pretensiones, en detrimento siempre de la nación y el Estado donde se mueven.
2. Las apóstatas jerarquías romanas son fundamentales en la campaña planetaria que vocifera paz, sociomórfica y mundialista por cierto, para que el reblandecimiento masivo consecuente haga más eficaz la penetración psíquica y semántica de las guerras acompañadas o promovidas por esos vociferadores. Muy al caso viene entonces la requisitoria que la antigua profecía dirige justamente contra los pseudoprofetas:

> "Extraviaron a mi pueblo diciendo –¡Paz! ¡Paz!– y no había paz" (Ezequiel 13.10; cf. Jeremías 6.14; 8.11).

He aquí en suma algunos de los planes geopolíticos y religiosos de un enemigo poderoso y cruel. Reconocerlos no nos quita el sueño sin embargo. Pues en definitiva su poder afinca en una fantasía a la que los humanos somos, ¡ay!, demasiado proclives, pero fantasía espúrea al fin, que no nos puede quitar la alegría profunda de desenmascararla y de testimoniar contra ella para que advengan los poderes beatíficos de la realidad, cuya asistencia inspira nuestra lucha.

El P.A.

Conocimos esta carta en traducción inglesa publicada por EINSICHT, octubre de 2003 (D-80077, Postfach 100540, Alemania), cuyo director, Dr. Eberhard Heller, nos remitió luego gentilmente copia del original francés, motivo de la presente versión castellana. De su autor, el padre Demaris, sólo se nos dice allí que fue sacerdote y profesor de teología en la casa de los misioneros de San José en Lyon, tuvo que exiliarse de Francia en 1803 y murió por la Fe.

Cierto sin embargo que la Fe no es perseguida hoy con la violencia ostensible en Francia luego de 1789. La guillotina de los revolucionarios es ahora ventajosamente reemplazada por la decisión de las propias jerarquías eclesiásticas. Pues éstas, insumidas desde el Vaticano II en la apostasía, con edulcoradas exhortaciones al diálogo, la comprensión y la paz, persiguen sin embargo minuciosamente la fidelidad cristiana a la doctrina intachable e impiden el culto o la ordinaria dispensación sacramental. La "abominación de la desolación" ha llegado entonces al lugar santo y los fieles, desprovistos de sacerdocio, sacramentos y cualquier otra consolación espiritual –que hasta no hace mucho el magisterio eclesiástico protegía–, vivimos ahora, como aquellos de Francia revolucionaria, en la desolación. Pero no sin los auxilios divinos correspondientes, pues como el P. Demaris enseña, sacramentos y consuelos siguen manifestándose, en plena derelicción, a través de vías no ordinarias que los profundizan.

CONSOLACIONES PARA LOS FIELES
EN TIEMPOS DE PERSECUCION, CISMA O HEREJIA

(Al padre Demaris, que veía a los fieles amenazados de quedarse sin sacerdotes, su caridad, aunque encarcelado, le hizo escribir, por requerimiento de ellos y para su consuelo, la *Regla de Conducta* que sigue).

Mis queridos hijos:

Situados en medio de las vicisitudes humanas y del peligro propio del estallido de las pasiones, envían muestras de caridad a su padre y piden una *regla de conducta.*

Voy a mostrársela y a tratar de llevar a sus almas el consuelo que necesitan. Jesucristo, el modelo de los cristianos, nos enseña con su conducta lo que debemos hacer en los penosos momentos en que nos hallamos. Ciertos fariseos le dijeron un día: "¡Aléjate de aquí, porque Herodes quiere matarte". El les respondió: "Id y decidle a esa zorra: –He aquí que estoy expulsando demonios y haciendo curaciones hoy y mañana y al tercer día terminaré. Pero hoy, mañana y pasado tengo que seguir; porque no cuadra que un profeta muera fuera de Jerusalén" (Lucas 13. 31-33).

Tiemblan ustedes, mis queridos hijos. Todo lo que ven, todo lo que oyen es atemorizador. Pero consuélense: se está cumpliendo la voluntad de Dios. Vuestros días están contados, su Providencia gravita sobre ustedes. Quieran a esos hombres que la humanidad les presenta como bestias salvajes. Son instrumentos que el cielo utiliza para sus designios y, como un mar enfurecido, no traspasarán el límite prescripto contra las olas que oscilan, se agitan y amenazan.

El torbellino tempestuoso de la revolución que golpea a diestra y siniestra, y los ruidos que los alarman, son las amenazas de Herodes. Que ellas no los aparten de las buenas obras, que no alteren su confianza y no manchen el brillo de sus virtudes, que los unen a Jesucristo. El es vuestro modelo y las amenazas de Herodes no lo desvían del curso de su destino.

Sé que corren riesgo de prisión e incluso de muerte. Les diré pues lo que San Pedro a los primeros fieles: "Es una gracia que por consideración a Dios se soporten dolores injustamente padecidos. ¿Pues qué gloria hay en ser pacientes cuando obran mal y los castigan? Pero si son pacientes cuando obran bien y padecen, eso es gracia ante Dios. A eso fueron llamados, pues también Cristo padeció por ustedes, dándoles ejemplo a fin de que sigan sus pasos. El no hizo mal ni se halló engaño alguno en su boca; injuriado, no devolvía injurias; padeció y no amenazaba, y se entregó a quien juzga injustamente" (I Pedro 2. 19-24).

Los discípulos de Jesucristo, en su fidelidad a Dios, son fieles a su patria, y plenos de sumisión y respeto hacia las autoridades. Abroquelados en sus principios, con una conciencia irreprochable, adoran la voluntad de Dios. No han de huir cobardemente de la persecución. Cuando uno ama la cruz, es audaz para abrazarla y el amor mismo nos regocija. La persecución es necesaria para nuestra íntima unión con Jesucristo. Puede desatarse a cada instante, pero no siempre tan meritoria ni tan gloriosa. Si Dios no los llama al martirio, serán como esos ilustres confesores de quienes San Cipriano dice: "Sin que murieran a manos del verdugo, recibieron el mérito del martirio porque estaban preparados para ello".

La conducta de San Pablo registrada en los *Hechos de los Apóstoles* (cap. 21) nos da este bello modelo, tomado del de Jesucristo. Camino a Jerusalén se enteró en Cesárea de que allí se expondría a la persecución. Los fieles le rogaron que la evitara, pero él se creía llamado a ser crucificado con Jesucristo, si ésa era su voluntad. Por toda res-

puesta les dijo: "¿Qué hacen con lamentarse y acongojar mi corazón? Pues yo estoy dispuesto no sólo a que me apresen sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús".

He aquí, mis queridos hijos, cuáles deben ser sus disposiciones. El escudo de la fe debe armarnos, la esperanza sostenernos y la caridad dirigirnos en todo. Si en todo y siempre hay que ser simples como las palomas y prudentes como las serpientes, tanto más cuando somos afligidos a causa de Jesucristo.

Les recordaré ahora una máxima de San Cipriano que, en estos momentos, debe ser la regla de vuestra fe y vuestra piedad: "No busquemos demasiado, dice este ilustre mártir, la ocasión del combate y no la evitemos demasiado. Aguardémosla de la orden de Dios y esperemos todo de su misericordia. Dios requiere de nosotros más bien una humilde confesión que un testimonio demasiado audaz".

La humildad es toda nuestra fuerza. Esta máxima nos invita a meditar sobre la fuerza, la paciencia e incluso la alegría con que los santos sufrieron.

Vean lo que San Pablo dice. Se convencerán de que cuando uno está animado por la fe, los males no nos afectan más que en lo exterior y no son más que un instante de combate que la victoria corona. Esta verdad consoladora sólo puede ser apreciada por el justo. No se sorprendan así de que, en nuestros días, creamos lo que San Cipriano vio en los suyos, en el curso de la primer persecución: ¡que la mayor parte de los fieles corrían al combate con alegría!

Amar a Dios y no temer más que a El es patrimonio del pequeño número de los elegidos. Este amor y este temor forma a los mártires, desapegando a los fieles del mundo y apegándolos a Dios y a su santa ley.

Para mantener este amor y temor en sus corazones, velen y oren, incrementen sus buenas obras y unan a ello las instrucciones edificantes de que los primeros fieles nos dieron ejemplo. Familiarícense con los confesores de la fe y glorifiquen luego al Señor, al modo de los primeros cristianos recordado por los *Hechos de los Apóstoles.*

Esta práctica les será tanto más saludable cuanto más privados estén de los ministros del Señor, que les alimentaban sus almas con el pan de la palabra. Lloran a esos hombres preciosos para su piedad. Yo aprecio la pérdida que tuvieron. Parecen abandonados a sí mismos, pero este abandono, a los ojos de la Fe, ¿no podría serles saludable? La fe es lo que une a los fieles. Al profundizar esta verdad reconocemos que la ausencia corporal no rompe esta unión porque no rompe los vínculos de la fe, sino que más bien la aumenta al despojarla de todo lo sensible.

Los cristianos que sólo viven de la fe, no viven sino por ella. Si este vínculo los unió con ministros del Señor que ustedes respetan, consuélense: la ausencia de ellos purifica y aviva la amistad que nos une. La fe nos hace presentes a los que amamos en relación con nuestra salvación, cualesquiera sean incluso las distancias y las cadenas que los separen de nosotros. La fe nos da ojos tan perceptivos que podemos verlos dondequiera que estén, aunque estuvieran en los confines de la tierra o incluso aunque la muerte los separase de nosotros. Nada está alejado de la fe. Ella penetra en lo más hondo de la tierra como en lo más alto de los cielos. La fe está por encima de los sentidos y su imperio por sobre el poder de los hombres. ¿Quién puede sustraernos el recuerdo? ¿Quién puede impedir que nos presentemos ante Dios con los que amamos y roguemos nuestro pan cotidiano con plegarias unidas a las de los que amamos? No basta, hijos míos, con consolarlos por la ausencia de los ministros del Señor, con enjugar las lágrimas que derraman por sus cadenas. Como esta pérdida los priva de los sacramentos y las consolaciones espirituales, vuestra piedad se alarma, se ve abandonada. Por legítima que sea su desolación, no olviden que Dios es su Padre y que, si permite que carezcan de los mediadores instituidos por El para dispensar sus misterios, no cierra por eso los canales de sus gracias y sus misericordias. Voy a exponérselas como los únicos recursos a los que podemos recurrir para purificarnos. Lean lo que voy a escribir con las mismas intenciones que yo tuve al escribirselo. No busquemos más que la verdad y nuestra salvación en la abnegación de nosotros mismos, en nuestro amor a Dios y en una perfecta sumisión a su voluntad.

Ustedes conocen la eficacia de los sacramentos, saben la obligación a nosotros impuesta de recurrir al sacramento de la penitencia para purificarnos de nuestros pecados. Pero para aprovechar de estos canales de misericordia se necesitan ministros del Señor. ¡En la situación en que estamos, sin culto, sin altar, sin sacrificio, sin sacerdote, no vemos más que el cielo! ¡Y no tenemos mediador alguno entre los hombres!... Que este abandono no los abata. La fe nos ofrece a Jesucristo, ese mediador inmortal. El ve nuestro corazón, oye nuestros deseos, corona nuestra fidelidad. A los ojos de su misericordia todopoderosa somos ese paralítico enfermo hacía treinta y ocho años (Juan, cap. 5) a quien para curarlo le dijo no que hiciera venir a alguno que lo arrojara a la piscina, sino que tomara su camilla y anduviera...

Si las circunstancias de la vida hacen variar la situación de los fieles, también hacen variar nuestras obligaciones. Antes éramos esos servidores que habían recibido cien talentos. Teníamos el ejercicio apacible de nuestra religión.

Ahora tenemos un solo talento que es nuestro corazón. Hagamos que fructifique y nuestra recompensa será igual a la que recibiríamos de haber hecho fructificar más. Dios es justo. No pide de nosotros lo imposible. Pero porque es justo pide de nosotros la fidelidad en lo que es posible. Con todo respeto por las leyes divinas y eclesiásticas que nos llaman al sacramento de la penitencia, debo decirles que hay circunstancias en que estas leyes no obligan. Es esencial para su instrucción y su consolación que conozcan bien tales circunstancias, a fin de que no tomen el propio espíritu de ustedes por el de Dios.

Las circunstancias en que dichas leyes no obligan son aquellas en que la voluntad de Dios se manifiesta para obrar nuestra salvación sin la intermediación de los hombres. Dios no necesita más que de sí mismo para salvarnos, cuando quiere. El es la fuente de la vida y suple todos los medios ordinarios que estableció para realizar nuestra salvación, con los medios que su misericordia nos dispensa según nuestras necesidades. Es un padre tierno que por medios inefables socorre a sus hijos cuando, creyéndose abandonados, sólo lo buscan a El y sólo suspiran por El.

Si en el curso de nuestra vida hubiéramos descuidado el más pequeño de los recursos que Dios y su Iglesia instituyeron para santificarnos, habríamos sido hijos ingratos; pero si se nos diera por creer que, en circunstancias extraordinarias, no podemos prescindir aun de los mayores de esos recursos, olvidaríamos e insultaríamos a la sabiduría divina que nos pone a prueba y que, queriendo que nos veamos privados de ellos, los suple con su espíritu.

Para exponerles, mis queridos hijos, su regla de conducta con exactitud, relacionaré con vuestra situación los principios de la fe y algunos ejemplos de la historia de la religión que explicitarán su sentido y los consolarán mediante la aplicación que de ellos puedan hacer.

Es verdad de fe que el primero y más necesario de los sacramentos es el bautismo: es la puerta de la salvación y de la vida eterna. Pero el deseo, el anhelo del bautismo es suficiente en ciertas circunstancias. Los catecúmenos sorprendidos por las persecuciones no lo recibieron sino en la sangre que derramaron por la religión. Hallaron la gracia de todos los sacramentos en la confesión libre de su fe y fueron incorporados a la Iglesia por el Espíritu Santo, vínculo que une todos los miembros a la cabeza.

Así se salvaron los mártires. Su sangre les sirvió de Bautismo. Así se salvaron todos los instruidos en nuestros misterios que desearon (según su fe) recibirlos. Así es la fe de la Iglesia, fundada sobre lo que San Pedro dijo: *que no puede rehusarse el agua del bautismo a quienes han recibido al Espíritu Santo* (Hechos, 10. 47).

Cuando uno tiene el espíritu de Jesucristo, cuando por amor a El quedamos expuestos a la persecución, privados de toda ayuda, agobiados por las cadenas del cautiverio, cuando se nos conduce al cadalso, entonces tenemos en la Cruz todos los sacramentos. Este instrumento de nuestra redención contiene todo lo necesario para nuestra salvación.

La tradición de la Iglesia, en sus siglos más bellos, confirma esta verdad dogmática. Los fieles que desearon los sacramentos, los confesores y los mártires se salvaron sin el bautismo y sin ningún otro sacramento cuando no pudieron recibirlos. De donde es fácil concluir que ningún sacramento es necesario cuando es imposible recibirlos. *Y esta conclusión es la fe de la Iglesia.*

San Ambrosio consideró santo al piadoso emperador Valentiniano, aunque murió sin el bautismo, que había deseado sin poder recibirlo. El deseo, la voluntad es lo que nos salva. "En tal caso, dice este santo doctor de la Iglesia, quien no recibe el sacramento de la mano de los hombres, lo recibe de la mano de Dios. El que no es bautizado por los hombres, lo es por la piedad, lo es por Jesucristo". Lo que nos dice del bautismo este gran hombre digámoslo de todos los sacramentos, de todas las ceremonias y todas las oraciones en los momentos actuales.

Quien no puede confesarse a un sacerdote, pero, teniendo todas las disposiciones necesarias para el sacramento, lo desea y tiene un anhelo firme y constante de él, oye a Jesucristo que, tocado por su fe y testigo de ella, le dice lo que una vez a la mujer pecadora: "*Vete. Mucho te está perdonado porque has amado mucho*" (Lucas 7. 36-48).

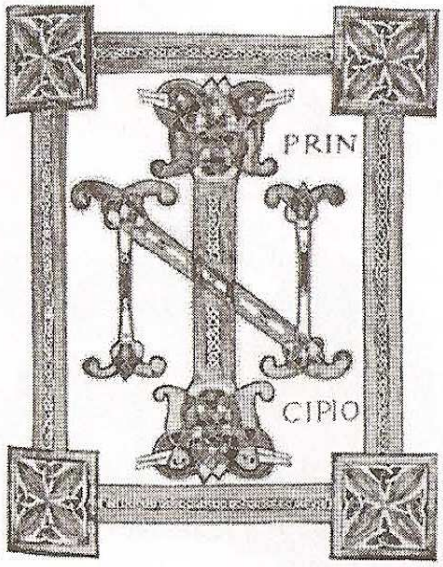
San León dice que el amor a la justicia contiene en sí toda la autoridad apostólica. Expresa con ello la fe de la Iglesia. Esta máxima es aplicable a todos los que, como nosotros, están privados del ministerio apostólico por la persecución que aleja o encarcela a los verdaderos ministros de Jesucristo, dignos de la fe y de la piedad de los fieles. Se aplica sobre todo si somos golpeados por la persecución. La cruz de Jesucristo no deja mácula alguna cuando se la abraza y se la sostiene como es debido. Pero aquí, en lugar de razonamientos, oigamos el lenguaje de los santos. Los confesores y mártires de Africa, al escribir a San Cipriano, audazmente le dijeron que volvían con una conciencia pura y límpida de los tribunales donde habían confesado el nombre de Jesucristo. No afirmaban ir a ellos con pura y límpida conciencia, sino volver de allí con ella. ¡Nada hace callar los escrúpulos como la Cruz!

Rodeados por esos extremos que son las pruebas de los Santos, si no pudiéramos confesar nuestros pecados a los sacerdotes, confesémolos a Dios. Siento, hijos míos, vuestra delicadeza y vuestros escrúpulos. Que cesen y vuestra

fe y vuestro amor por la cruz aumenten. Díganse a sí mismos, y con su conducta digan a todos los que los vean, lo mismo que decía San Pablo: "¿Quién me separará de la caridad de Jesucristo?" (Romanos 8.35).

San Pablo estaba entonces en la situación de ustedes y no decía que la privación de todo ministro del Señor, en la que pudiera encontrarse, podía separarlo de Jesucristo y alterar en él la caridad. Sabía que, despojado de todo socorro humano y privado de todo intermediario entre él y el cielo, encontraría en su amor, en su celo por el Evangelio y en la cruz *todos los sacramentos y los medios de salud necesarios para acceder allí.*

A partir de lo que acabo de decir, fácil les será ver una gran verdad, muy apropiada para consolarlos y confortarlos: que vuestra conducta es una verdadera confesión ante Dios y ante los hombres. Si la confesión debe preceder a la absolución, aquí su conducta debe preceder a las gracias de santidad o de justicia que Dios nos dispense; y es ésta una confesión pública y continua. La confesión es necesaria, dice San Agustín, porque incluye la condenación del pecado. Aquí lo condenamos tan pública y solemnemente que ella es conocida en toda la tierra. Y esta condenación, que es la causa de que no podamos acercarnos a un sacerdote, ¿no es mucho más meritoria que una acusación de pecados particular y hecha en secreto? ¿No es más satisfactoria y más edificante? La confesión secreta de nuestros pecados al sacerdote nos costaba poco. ¡Y la que hacemos hoy es sostenida por el sacrificio general de nuestros bienes, de nuestra libertad, de nuestro reposo, de nuestra reputación e incluso tal vez de nuestra vida!



La confesión al sacerdote casi no era útil más que para nosotros, mientras que la que hoy hacemos es útil para nuestros hermanos y puede servir para la Iglesia entera. Dios, por indignos que seamos, nos hace la gracia de querer servirse de nosotros para mostrar que ofender la verdad y la justicia es un crimen enorme, y nuestra voz será tanto más inteligible cuanto mayores los males y mayor la paciencia con que los suframos.

Nuestro ejemplo dice a los fieles que hacer lo que exigen de nosotros es un mal peor de lo que se piensa. Nosotros no nos confesamos de un pecado, sino que confesamos la verdad, la confesión más noble y necesaria en las circunstancias presentes. No confesamos nuestros pecados en secreto: ¡confesamos la verdad en público! Somos perseguidos, pero la verdad no está cautiva y, en la injusticia que sufrimos, tenemos el consuelo de no retener la verdad de Dios dentro de la injusticia, como dice el Apóstol de las naciones, y de que enseñamos a nuestros hermanos a no retenerla allí. Finalmente, si no confesamos nuestros pecados, la Iglesia los confiesa por nosotros.

Tales son las reglas admirables de la Providencia, que permite estas pruebas para nuestro mérito y para que reflexionemos seriamente sobre el uso que hemos hecho de los sacramentos.

El hábito y la facilidad que teníamos para confesarnos, nos dejaba a menudo en la tibieza, mientras que hoy, privados de confesores, uno se repliega sobre sí mismo y el fervor aumenta. Consideremos esta privación como un ayuno para nuestras almas y una preparación para recibir el bautismo de la penitencia que, vivamente deseado, se convertirá en un alimento más saludable. Intentemos apartar de nuestra conducta, que es nuestra confesión ante los hombres y nuestra acusación ante Dios, todos los defectos que pudieran haberse deslizado en nuestras confesiones ordinarias; sobre todo la poca humildad interior.

Lo que he dicho es más que suficiente. No obstante no sé si habrá logrado tranquilizarles las ansiedades y escrúpulos que la delicadeza suscita en almas reducidas a juzgarse a sí mismas y a conducirse por iniciativas propias.

Siento, hijos míos, toda la importancia de vuestra solicitud; pero cuando uno confía en Dios no hay que hacerlo a medias; sería carecer de confianza el considerar que los recursos con los que Dios llama y conserva son incompletos y dejan algo que desear en el orden de la gracia. En la sabiduría, la madurez y la experiencia de los ministros del Señor encontraban consejos y prácticas eficaces para evitar el mal, hacer el bien y avanzar en la virtud. Nada de eso hace al carácter sacramental, sino a las luces particulares. Un amigo virtuoso, celoso y caritativo puede ser en esto vuestro juez y vuestro director. Las personas piadosas no iban al tribunal de Dios a buscar sólo instrucciones y luces; se abrían a personas notables por su santa vida en conversaciones familiares. Hagan otro tanto. Pero que la caridad más recta reine en este comercio mutuo de sus almas y sus deseos. Dios los bendecirá y encontrarán las luces que necesitan. Si este recurso les fuera imposible, descansen sobre las misericordias de Dios. El no los abandonará. Su espíritu hablará por sí mismo a

sigue en página 14

CARLOS DE AMERICA

Este título es el marco conceptual con que queremos rememorar el décimo aniversario del fallecimiento de Carlos Alberto Disandro, con la cordial veneración que él supo suscitar en nosotros en años densos y difíciles, no exentos para él de humana ingratitud.

Pero su palabra deberá cumplir el itinerario de las semillas en la parábola del sembrador. Algunas caen junto al camino, otras entre las piedras, otras entre las espinas, otras en tierra que produce fruto. Nada más corresponde precisar para su destino, misterioso para nosotros. Aunque sabemos que lo sustancial de sus palabras referidas a la Iglesia, la Patria, el Estado, la cultura en el hacer concreto, hoy se ha cumplido con puntual precisión. La semántica de la Fe, custodiada y exaltada en el lenguaje viviente y riguroso que él forjó, es por eso una muralla frente al enemigo devastador.

Foto: Silvia G. de Rossi

Entre los múltiples aspectos de la palabra que nos encomendó cuidar, quiero resaltar el vínculo entre culto y palabra poética, desde luego muy sucintamente.

El mundo poético es el reino de la Musa, es decir, de la glorificación por el canto. El poeta entreabre las relaciones que dan existencia a las cosas, las plenifica, las introduce en la gloria. Para ello cuenta con una lengua, en nuestro caso la lengua romance de eximios poetas. Con ella recorre una curva con la que dimensiona su propia interioridad. Por fin la lengua y la interioridad ahondan su curva expresiva en el lenguaje encarnado de un poema. Y este recorrido nos permite también a nosotros participar de todos los vínculos que, gobernados por un sentido absoluto, hacen patente aquí y ahora la transfiguración comenzada en el aquende, pero que recibe todo su sentido de la plenitud del allende. Porque el universo de símbolos forjado por el poeta anuda las cosas visibles a las invisibles, de modo que cielo y tierra recobran su antiguo vínculo promotor.

Cuando estas realidades son incorporadas a la Iglesia, ya no se alojan sólo en el sentido de la palabra, sino que se *coronan* con la realidad del signo cultual, que hace posible la presencia del misterio y nuestra experiencia de él. Pero en las circunstancias ominosas del presente carecemos de culto; pretenden imponernos contraculto y surrealismo. Es posible acudir sin embargo a la palabra del poeta, donde permanece una medida del *teandrismo*, es decir, de la unión divino-humana donde tierra y cielo vuelven a unirse.

Poesía *cristiana* existe, enseñaba él además, en el himno, en el canto que acompaña la celebración del culto y permite su interiorización. Pero fuera del culto, del ciclo litúrgico y del *templum* la poesía cristiana no es posible. Sí *poetas* cristianos, en cuyo caso la poesía recupera su propia autonomía. Así hacia fines de la Edad Media, cuando las artes comienzan a recorrer caminos inexplorados, cada vez más distantes del culto. Dante resumiría entonces desde la poesía lo que el culto ya no realiza acabadamente. Y lo hace precisamente a través de un universo de símbolos con los que busca llevar la comunidad a la relación entre lo visible y lo invisible que allí continúa operando como experiencia fontal. Para eso la Divina Comedia debe recorrer la totalidad de lo existente, no sólo las formas del conocimiento, sino también Dios y todas sus creaturas: cielo, tierra, infierno.

Ahora bien, esa ansia de totalidad es connatural a lo poético. (Cf. *Las fuentes de la cultura*, cap. 5).

Ante nosotros, ciudadanos de la Patria americana y herederos de un arcano sublime, se presenta así la disyunción que coloca de un lado la dispensación sobreabundante y gratuita del culto, hoy anulada por interposición de un sacerdocio que lo rechaza o lo persigue; del otro el recurso invalorable de nuestra lengua románica, asumida por líricos de incuestionable excelsitud.

Y éste es el centro de la cuestión: un camino está cerrado, pero los líricos abren una vía extraordinaria, sustancialmente congruente con la semántica de la Fe, fundamento de cualquier obra a realizar sobre nuestra sagrada tierra. Aunque no queremos conformamos así con poco. Por el contrario, la inspiración política y la poética, estrechamente imbricadas, son condición esencial para el advenimiento de otro ciclo, otra edad de verdad y de justicia en América y en el mundo.

Para el tema que nos ocupa los trabajos sobre San Bernardo, San Juan de la Cruz y San Francisco constituyen dentro de la obra de Disandro un tríptico fundamental. Allí dice que el célebre *Cántico* del último configura una nueva visión y audición de la Natura, un acceso diferente, característico de la Romania, al alma del mundo. Y agrega textualmente:

> « El misterio del culto pasa a ser misterio de la celebración lírica. Se cancelan mil años de celebraciones iniciáticas según el modelo griego; se abren las celebraciones líricas, en el último estadio katabático de la historia lingüística, la del romance que dice Berceo en nuestra lengua (...):
>
> *Quiero fer una prosa en roman paladino*
> *en qual suele el pueblo fablar a su vecino,*
> *ca no son tan letrado por fer otro latino.*
> *Bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino.* »

Esto fue antes *paideia* en la música y la poesía griega; *ora et labora* en la Edad Media, para someter la tierra al espíritu. Ahora es *tensión* en la Romania que pugna por manifestar el encuentro definitivo de tierra, hombre y espíritu, unidos en la celebración lírica por el reclamo de la lengua, la maduración de la interioridad y el despliegue lingüístico trazado en la obra lírica.

Lo que Lugones relata en su *Guerra Gaucha* es constancia del mismo empeño; los héroes de entonces empuñaron la lanza, ofrendaron su vida y obtuvieron la victoria. *Laus Deo.* A nuestro destino irrenunciable corresponde la *Segunda Guerra de la Independencia Americana,* donde la disyunción aquí diseñada resulta de una importancia fundamental.

Aunque limitados en muchos aspectos, queremos de todos modos guardar fidelidad y humilde gratitud al maestro y a la Patria que él enseñó a amar y defender. De allí esta breve evocación donde nos sentimos unidos con tantos amigos y discípulos que, en horas trágicas, seguramente aceptan compartirla.

Luis Coce

de página 11

vuestros corazones mediante inspiraciones santas que los inflamarán y dirigirán a los objetivos augustos de sus destinos.

Les pareceré parco en este tema. Sus deseos van mucho más allá, pero un poco de paciencia. El resto de mi carta responderá por completo a su expectativa. No puede decirse todo a la vez, sobre todo en tema tan delicado y que exige la mayor exactitud. Continuaré hablándoles como yo me hablo a mí mismo.

Alejados de los recursos del santuario y privados de todo ejercicio del sacerdocio, no nos queda otro mediador que Jesucristo; a El hay que recurrir para nuestras necesidades. Tenemos que desgarrar sin miramientos el velo de nuestras conciencias ante su majestad suprema y, en la indagación del bien y el mal que hiciéramos, agradecerle sus gracias, reconocernos culpables de nuestras ofensas... y rogar enseguida que nos perdone y nos indique los senderos de su voluntad santa (teniendo en el corazón el deseo sincero de hacerlo a su ministro cuando y tan pronto como podamos). He aquí, hijos míos, lo que llamo *confesarse a Dios.* ¡Hecha bien semejante confesión, será Dios mismo quien nos absuelva! El Evangelio es el que nos lo enseña al proponernos el ejemplo del publicano que, humillado ante Dios, se vio justificado (Lucas 18. 9-14), porque el mejor signo de la absolución es la justicia, que no puede ser apresada porque ella es la que libera. He aquí lo que debemos hacer, en el aislamiento total en que estamos. La Escritura santa nos indica aquí nuestros deberes.

Todo lo que se liga a Dios es santo. Cuando sufrimos por la verdad nuestros sufrimientos son los de Jesucristo, que nos honra con un especial carácter de semejanza consigo y con su cruz. Esta gracia es la mayor fortuna que puede tocarle a un mortal durante su vida.

Así es como en todas las penosas situaciones que nos privan de los sacramentos, la cruz llevada cristianamente es la fuente de la remisión de nuestras faltas, tal como, llevada una vez por Jesucristo, lo fue de las faltas de todo el género humano. Dudar de esta verdad es injuriar a nuestro Salvador crucificado, es no reconocer suficientemente la virtud y el mérito de la cruz.

Díganme, ¿sería posible que el buen ladrón haya recibido el perdón de sus faltas y que el fiel que abandona todo por su Dios no recibiera el perdón de los suyos?

Los santos Padres observan que el buen ladrón fue criminal hasta la cruz, para mostrar a los fieles lo que deben esperar de esta cruz cuando la abrazan y permanecen ligados a ella por la justicia y la verdad. Jesucristo, al terminar sus sufrimientos, entró al cielo a través de la cruz. Nosotros somos sus discípulos; El es nuestro modelo. Suframos como El y entraremos en la heredad que nos preparó mediante la cruz.

Pero para ser santificado por la cruz es necesario no ser para sí mismo, sino por entero para Dios. Es necesario que nuestra conducta reproduzca las virtudes de Jesucristo. No basta ahora con que, animados por su amor, reposen sobre su pecho como San Juan. Es necesario que lo sirvan con firmeza y constancia sobre el Calvario y sobre la cruz. Allí, si al confesarse a Dios, su confesión no es coronada por la imposición de manos de los sacerdotes, lo será por la imposición de las manos de Jesucristo. ¡Miren sus manos adorables que parecen tan pesadas por naturaleza y son tan ligeras para los que lo aman!... Están tendidas sobre ustedes de la mañana a la noche para colmarlos con toda suerte de bendiciones, si por propia iniciativa no las rechazan. No existe bendición como la de Cristo crucificado cuando bendice a sus hijos sobre la cruz.

El sacramento de la penitencia es para nosotros ahora el pozo de Jacob, cuya agua es excelente y saludable. Pero el pozo es profundo. Desprovistos de todo, no podemos abrevar en él y saciarnos (Juan, cap. 4). Hay incluso guardias que impiden la entrada... He aquí el cuadro de nuestra situación. ¡Veamos la conducta de nuestros perseguidores como un castigo de nuestros pecados! Es cierto que si pudiéramos acercarnos a ese pozo con fe, encontraríamos allí a Jesucristo hablando con la samaritana. ¡Pero no nos acobardemos! Descendamos hasta el valle de Bethulia, donde encontraremos muchas fuentes no custodiadas, en que podremos saciar tranquilamente nuestra sed. ¡Que Jesucristo habite en nuestros corazones! Que su Santo Espíritu los inflame y encontraremos en nosotros la fuente de agua viva que suplirá al pozo de Jacob. Jesucristo, como soberano pontífice, hace por sí mismo de modo inefable, en la confesión que hacemos a Dios, lo que habría hecho en cualquier otro tiempo por el ministerio de sus sacerdotes. Y esta confesión tiene una ventaja que los hombres no pueden sustraernos: ¡por el contrario, es Jesucristo en nosotros quien de nosotros se ocupa continuamente! Debemos hacerla en todo tiempo, en todo lugar y en todas las situaciones posibles. Es cosa digna de admiración y de reconocimiento ver que lo que el mundo hace para alejarnos de Dios y de su Iglesia, nos acerca más a ellos.

La confesión no debe ser únicamente un remedio para todos los pecados pasados; debe preservarnos de todos los pecados por venir. ¡Si reflexionáramos seriamente sobre esta doble eficacia del sacramento de la penitencia, mucho tendríamos que humillarnos y que llorar! Y tanto más abatidos estaríamos entonces cuanto más lento haya sido nuestro avance en la virtud y más hayamos seguido siendo los mismos antes y después de nuestras confesiones.

¡Ahora podemos reparar todas esas faltas, que vienen de una confianza demasiado grande en la absolución y de no haber profundizado lo suficiente en sus llagas!... Obligada ya a gemir ante Dios, el alma fiel se ocupa en considerar todas sus deformidades propias. Allí, a los pies del Salvador y penetrada por el dolor y el arrepentimiento, se queda entonces en silencio, sin hablarle sino por sus lágrimas, como la pecadora del Evangelio, mientras ve de un lado sus miserias y del otro la bondad de Dios. Se aniquila delante de Su majestad, hasta que ésta disipe sus males con una de sus miradas. Entonces la luz divina esclarece su corazón contrito y humillado y le descubre hasta los átomos que pudieran oscurecerla. Que esta confesión a Dios sea para ustedes práctica cotidiana, breve pero vivaz, y háganla cada tanto de una época a otra, como hacen cotidianamente la del día (en su examen nocturno).

El primer fruto que sacarán de ello, además de la remisión de los pecados, será aprender a conocerse y a conocer a Dios. El segundo, presentarse siempre ante los sacerdotes, si les fuera posible, ornados con el sello de las misericordias del Señor.

Creo haberles dicho lo que debía, hijos míos, sobre su conducta acerca del sacramento de la penitencia. Voy a hablarles ahora de la privación de la Eucaristía y sucesivamente de todos los temas que me comentan en su carta.

La Eucaristía, el sacramento del amor, les proporcionó muchas dulzuras y ventajas cuando podían participar de ella. Pero ahora, que de ella fueron privados por defender la verdad y la justicia, las ventajas de ustedes son las mismas. ¿Pues quién habría osado acercarse a esta mesa si Jesucristo no hubiera hecho de eso un precepto y si la Iglesia, que desea fortificarnos con este pan de vida, no nos hubiera invitado a comerlo mediante la voz de sus ministros que nos revestían con la toga nupcial? Pero si comparamos la obediencia por la que fuimos privados de ella con la que a ella nos conducía, será fácil juzgar los méritos respectivos.

Abraham obedece cuando inmola a su hijo y cuando no lo inmola, pero su obediencia fue mucho mayor cuando empuñó la espada que cuando la remitió a su vaina. Nosotros obedecemos al aproximarnos a la Eucaristía, pero al apartarnos de este sacrificio nos inmolamos a nosotros mismos. Alterados por la sed de la justicia y privándonos de la sangre del cordero, que es el único que puede saciarla, sacrificamos nuestra propia vida en la medida en que eso está en nosotros. El sacrificio de Abraham fue de un instante; un ángel detuvo la espada. El nuestro es cotidiano y se renueva todas las veces que adoramos con sumisión la mano de Dios, que nos aleja de los altares; y este sacrificio es voluntario.

Estamos ventajosamente privados de la Eucaristía al elevar el estandarte de la cruz por la causa de Jesucristo y la gloria de su Iglesia. Observen, hijos míos, que Jesucristo, después de habernos dado su cuerpo eucarístico, no opuso dificultad alguna a su muerte por nosotros. He aquí la conducta del cristiano en sus persecuciones: la cruz sigue a la Eucaristía ¡Que el amor por la Eucaristía no nos aleje pues de la cruz! Mostramos y hacemos un glorioso progreso en la gloria del Evangelio cuando salimos del cenáculo para subir al Calvario. Sí, no temo decirlo: cuando la tempestad de la malicia humana atrona contra la verdad y la justicia, es más ventajoso para los fieles sufrir por Jesucristo que participar de su cuerpo sagrado en la comunión.

Me parece oír al Salvador diciéndonos: "¡Oh, no teman ser separados de mi mesa por la confesión de mi nombre! Es esta una gracia que les hago, que significa un bien raro. Reparen con esta humillación –una privación que me glorifica– todas las comuniones que me deshonraron. Sientan esta gracia: nada pueden hacer ustedes sin mí, ¡y yo pongo entre sus manos un recurso para que hagan lo que yo hice por ustedes y me devuelvan generosamente lo más grande que les di! Se los di yo: cuando de ello se los separa por ser fieles a mi servicio, devuelven a mi verdad lo que de mi caridad recibieron. Nada más grande tengo yo para darles y nada más grande para darme tienen ustedes tampoco. Vuestro reconocimiento por la gracia que les hice, equipara la grandeza del don que les hice. Consuélense si no los llamo a derramar su sangre como los mártires; he aquí la mía para suplirla. Cada vez que les impidan beberla, lo tomaré como si ustedes hubieran derramado la propia. Y la mía es infinitamente más preciosa..."

Es así como encontramos la Eucaristía en la misma privación de la Eucaristía. Por lo demás, ¿quién puede separarnos de Jesucristo y de su Iglesia en la comunión, cuando por la fe nos acercamos a sus altares de modo tanto más eficaz cuanto más espiritual y más alejado de los sentidos?

Esto es lo que llamo comulgar espiritualmente, uniéndose a los fieles que pueden hacerlo en los diversos lugares de la tierra. Esta comunión ya les era familiar en los tiempos en que podían acercarse a la Santa Mesa; conocen de ella las ventajas y el modo. Por eso no seguiré hablándoles al respecto. Voy a exponerles lo que la Santa Escritura y los Anales de la Iglesia me ofrecen como reflexiones sobre la privación de la misa y la necesidad para los fieles de un sacrificio continuo en tiempo de persecución. Y lo haré brevemente. Presten, hijos míos, una aten-

ción particular a los principios que recordaré. Apuntan a vuestra edificación.

Nada sucede sin la voluntad de Dios. Con un culto que nos permita asistir a misa o privados de él, debemos someternos por igual a Su voluntad santa, ¡y, en cualquier circunstancia, ser dignos del Dios que servimos!

El culto que debemos a Jesucristo se funda sobre la asistencia que nos da y sobre la necesidad que tenemos de su ayuda. Este culto nos señala deberes como fieles aislados, así como nos los señalaba antes para el ejercicio público de nuestra santa religión.

Como hijos de Dios, según el testimonio de San Pedro y de San Juan, participamos en el sacerdocio de Jesucristo para ofrecer plegarias y anhelos. Si no tenemos el sello del Orden sagrado para sacrificar sobre los altares visibles, no estamos empero sin hostias, porque podemos ofrecerlas en el culto de nuestro amor, sacrificando nosotros mismos a Jesucristo para su Padre sobre el altar visible de nuestros corazones. Fieles a este principio, recogeremos todas las gracias que hubiéramos podido recoger si hubiésemos asistido al santo sacrificio de la misa. La caridad nos une a todos los fieles del universo que ofrecen este divino sacrificio o que asisten a él. Si el altar material o las especies sensibles nos faltan, tampoco los hay en el cielo, donde Jesucristo es ofrecido de la manera más perfecta.

Sí, hijos míos, los fieles que están sin sacerdotes, por ser, según San Pedro, *sacerdotes y reyes*, ofrecen sus sacrificios sin templo, sin ministros y sin nada sensible. Sólo hay necesidad de Jesucristo para ofrecerlos, mediante el sacrificio del corazón, donde la víctima debe ser consumida por el fuego del amor del Espíritu Santo. Esto significa estar unido a Jesucristo, dice San Clemente de Alejandría, por las palabras, por las acciones y por el corazón. Estamos unidos a El por nuestras palabras cuando son verdaderas, por nuestras acciones cuando son justas y por nuestros corazones cuando la caridad los inflama. Entonces digamos la verdad, no amemos más que la verdad; así rendiremos a Dios la gloria que se le debe. Cuando somos veraces en nuestras palabras, justos en nuestras acciones, sometidos a Dios en nuestros deseos y nuestros pensamientos, hablando sólo por medio de El, alabándolo por sus dones y humillándonos por nuestras infidelidades, ofrecemos un sacrificio agradable a Dios, que no puede sernos quitado. *El sacrificio que Dios reclama es un espíritu penetrado de dolor*, dice el santo rey David: *tú no despreciarás, Dios mío, un corazón contrito y humillado* (Salmo 50).

Resta considerar la Eucaristía como *viático*. Pueden quedarse sin él al morir. Debo ilustrarlos y prevenirlos contra privación tan sensible. Dios, que nos ama y nos protege, quiso darnos su cuerpo cuando la muerte se acerca, para fortificarnos en este peligroso pasaje. ¡Al lanzar sus miradas al porvenir, viéndose en su agonía sin víctima, sin Extremaunción y sin ninguna asistencia de parte de los ministros del Señor, se creen el más triste y más afligente de los abandonos!

Consuélense, hijos míos, en la confianza que deben a Dios. Este padre tierno vertirá sobre ustedes sus gracias, sus bendiciones y sus misericordias, en esos momentos terribles que temen, con más abundancia que si pudieran ser asistidos por sus ministros, de los que están privados sólo porque ustedes mismos no quisieron abandonarlo.

El abandono y el desamparo en que tememos encontrarnos semejan a los del Salvador sobre la cruz, cuando decía a su Padre: *"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"*. ¡Ah, qué instructivas son estas palabras! Las penas y el desamparo de ustedes los conducen a sus gloriosos destinos, haciendo que terminen su carrera como Jesucristo terminó la suya. Jesús en los sufrimientos, en su abandono y su muerte, se mantenía en la más íntima unión con su Padre. En sus penas y su desamparo mantengan la misma unión y sea vuestro último suspiro como el suyo: que la voluntad de Dios se cumpla.

Lo que dije de la privación del viático en la muerte lo diré también de la Extremaunción. Si muero entre las manos de personas que no sólo no me asisten, sino que me insultan, tanto más dichoso seré cuanta más conformidad tenga mi muerte con la de Jesucristo, ¡que fue espectáculo de oprobio para toda la tierra!... Crucificado por las manos de sus enemigos, es tratado como un delincuente, ¡y muere entre dos ladrones! Era la sabiduría misma, pasa por un insensato; era la verdad, pasa por un embustero y un seductor. ¡Los fariseos y los escribas triunfaron sobre El en su presencia! ¡Finalmente se saciaron con su sangre! ¡Jesucristo murió en la infamia del suplicio más vergonzoso y en los dolores más sensibles! Cristianos, si vuestra agonía y vuestra muerte son para vuestros enemigos ocasión de insulto y de trato oprobioso, ¿cómo fue la de Jesucristo? No sé si el ángel enviado para suplir la dureza y la insensibilidad de los hombres, no lo fue para enseñarnos que en una ocasión así recibimos consolación del cielo cuando las terrenales nos faltan. No sin un designio particular de Dios fue que los apóstoles, que hubieran debido consolar a Jesucristo, permanecieran en un sopor profundo.

Que el fiel no se asombre pues por encontrarse sin sacerdote en su última hora. Jesucristo reprochó a sus apóstoles porque dormían, no porque lo dejaran sin consolación, sino para enseñarnos que, si entramos en el Huerto

de los Olivos, si subimos al Calvario, si expiramos solos y sin socorros humanos, Dios vela por nosotros, nos consuela y abastece todas nuestras necesidades. Fieles que temen las consecuencias del momento actual, miren a Jesús. Fíjense en El, contémplenlo. El es su modelo. Nada más tengo que decirles sobre este tema.

Después de haberlo contemplado, ¿temen todavía la privación de las oraciones y las ceremonias que la Iglesia estableció para honrar vuestra agonía, vuestra muerte y vuestro sepulcro? Piensen que la causa por la que sufren y mueren convierte a esta privación en una nueva gloria y les da el mérito del último rasgo de semejanza posible con Jesucristo. La Providencia permitió y quiso, para nuestra instrucción, que los fariseos pusiesen guardias en el sepulcro para cuidar el cuerpo de Jesús crucificado; quiso que incluso después de la muerte su cuerpo quedara en manos de sus enemigos, para enseñarnos que por largo que sea el dominio de nuestros enemigos, debemos sufrirlo con paciencia y rogar por ellos.

San Ignacio mártir [1], que con tanto ardor ansiaba ser devorado por las bestias, ¿no prefirió tenerlas por sepulcro antes que al más bello mausoleo? Los primeros cristianos enviados a los verdugos, ¿se afligieron jamás por su agonía y por su sepultura? Ninguno se inquietó por lo que se haría con sus cuerpos. Sí, hijos míos, cuando uno se confía a Jesucristo durante la vida, se confía a él tras la propia muerte.

Jesucristo sobre la cruz y cerca de expirar vio cómo las mujeres, que lo habían seguido desde Galilea, se mantenían alejadas. ¡Su madre, María Magdalena y el discípulo muy amado estaban junto a la cruz en el abatimiento, el silencio y el dolor!... He aquí, hijos míos, la imagen de lo que verán: la mayor parte de los cristianos llora a los fieles sometidos a la persecución, pero se mantienen lejos. Algunos, como la madre de Jesús, se acercan a la víctima inocente que la iniquidad inmola.

Destaco, con san Ambrosio, que la madre de Jesús sabía, al pie de la cruz, que su hijo moría por la redención de los hombres y que, deseando expirar con él para el cumplimiento de esta magna obra, no temía irritar a los judíos con su presencia ni morir con su Hijo divino. Cuando vean, mis queridos hijos, que alguien muere en el desamparo o bajo la espada de la persecución, imiten a la madre de Jesús y no a las mujeres que lo habían seguido desde Galilea. Compenétrense de esta verdad: que el momento más glorioso y más saludable para morir se da cuando la virtud es más fuerte en nuestro corazón. ¡No debe temerse por el miembro de Jesucristo que esté sufriendo! Asistámoslo, aunque no sea más que con nuestras miradas y con nuestras lágrimas.

He aquí, hijos míos, lo que creí mi deber decirles. Lo considero suficiente para responder a sus reclamos y tranquilizar su piedad. He planteado los principios sin entrar en ningún detalle; me parecen inútiles. Vuestras firmes reflexiones los suplirán fácilmente y vuestras conversaciones, si es que la Providencia lo permite, tendrán nuevos deseos. He de añadir, hijos míos, que no debe afligirlos el asombroso espectáculo de que somos testigos. La fe no se compadece con tales terrores: el número de los elegidos siempre es muy pequeño. Sólo teman que Dios les reproche su poca fe y por no haber podido velar una hora con El. Les confesaré sin embargo que la humanidad puede afligirse, pero al hacerles esta confesión, les diré que la fe debe regocijarse.

Dios hace bien todas las cosas. Sostengan esta afirmación, hijos míos: es la única digna de ustedes. Los fieles mismos la sostenían cuando el Salvador hacía curaciones milagrosas. Lo que El hace hoy es mucho más grande. En su vida mortal curaba los cuerpos; actualmente cura las almas y completa por la tribulación el pequeño número de los elegidos.

Cualesquiera sean los designios de Dios para nosotros, adoremos la profundidad de sus juicios y pongamos en él toda nuestra confianza. Si quiere liberarnos, el momento está cerca. Todos se levantan contra nosotros. Nuestros amigos nos oprimen, nuestros parientes nos tratan como a extraños. Los fieles que participan de los santos misterios con nosotros son apartados con la sola mirada. No sólo temen decir que, como nosotros, son fieles a su patria, sometidos a sus leyes, pero fieles a Dios; temen decir que nos quieren y hasta que nos conocen. Si quedamos sin ayuda del lado de los hombres, henos entonces del lado de Dios que, según el profeta-rey, *librará al pobre del poderoso y al débil que no tenga ayuda alguna.* El universo es obra de Dios. El lo rige y todo lo que pasa está en los designios de su Providencia. Cuando creemos que la deserción va a ser general, olvidamos que basta un poco de fe para devolver la fe a la familia de Jesucristo, como un poco de levadura hace fermentar toda la masa.

Esos acontecimientos extraordinarios, en que la multitud levanta el hacha para abatir la obra de Dios, sirven maravillosamente para manifestar Su omnipotencia.

En todos los siglos se verá lo que vio el pueblo de Dios cuando el Señor quiso, mediante Gedeón, manifestar su omnipotencia contra los madianitas (Jueces 5). Le hizo despachar casi todo su ejército. Sólo se conservaron trescientos hombres, sin armas incluso, a fin de que se reco-

[1] Padre apostólico, siglo I, que murió devorado por los leones.

nociera visiblemente que la victoria venía de Dios. El pequeño número de soldados de Gedeón es figura del pequeño número de elegidos viviente en este siglo. Ustedes vieron, hijos míos, con el más doloroso asombro, cómo de la multitud de los que fueron llamados (*ya que toda Francia era cristiana*), la mayoría, como en el ejército de Gedeón, permaneció débil, tímida, temerosa de perder su interés temporal. Dios los devolvió. Dios sólo quiere servirse en su justicia de quienes se dan por completo a El. No nos asombremos pues del gran número de quienes lo abandonan. La verdad triunfa, por pequeño que sea el número de quienes la aman y le siguen adictos. En cuanto a mí, sólo tengo un anhelo: el deseo de San Pablo. Como hijo de la Iglesia, añoro la paz de la Iglesia; como soldado de Jesucristo, añoro morir bajo sus estandartes.

Si tienen las obras de San Cipriano, léanlas, mis queridos hijos. A los primeros siglos de la Iglesia hay que remontarse sobre todo, para encontrar ejemplos dignos de servirnos como modelo. En los libros santos y en los de los primeros defensores de la fe es donde hay que formarse una idea precisa del objeto del martirio y de la confesión del nombre de Jesucristo. Lo que hay que confesar es la verdad y la justicia, los objetos augustos, eternos, inmutables de la fe. Es el Evangelio, pues las instrucciones humanas, cualesquiera sean, son variables y temporales. En cambio el Evangelio y la ley de Dios están ligados a la eternidad. Será meditando esta distinción como verán claramente lo que es propio de Dios y lo que es propio de César, porque, según el ejemplo de Jesucristo, deben devolver con respeto, al uno y al otro, lo que les deben.

Todas las iglesias y todos los siglos concuerdan: no puede haber nada tan santo y tan glorioso como confesar el nombre de Jesucristo. Pero recuerden, hijos míos, que, para confesarlo de modo condigno con la corona que deseamos, en los tiempos en que más se sufre es cuando hay que manifestar mayor santidad. Nada más bello que las palabras de san Cipriano cuando alaba todas las virtudes cristianas en los confesores de Jesucristo: "Observaron siempre, les dice, el mandato de nuestro Señor con un vigor digno de vuestra firmeza. Conservaron la simplicidad, la inocencia, la caridad, la concordia, la modestia y la humildad. Cumplieron con su ministerio con gran cuidado y exactitud. Trasuntaron diligencia para ayudar a los que tenían necesidad de ayuda, compasión por los pobres, constancia para defender la virtud, coraje para mantener la severidad de la disciplina y, a fin de que nada faltase a los grandes ejemplos de virtud que dieron, he aquí que, mediante una confesión y los sufrimientos generosos, animan extremadamente a sus hermanos al martirio y les señalan el camino".

Espero, mis queridos hijos, aunque Dios no los llame al martirio ni a una confesión dolorosa de su nombre, poder un día hablarles como él hablaba a los confesores Celerino y Aurelio y alabarles más su humildad que su constancia, glorificarlos más por la santidad de sus costumbres que por sus penas y sus heridas...

En espera de ese feliz momento, aprovechen de mis consejos y sosténganse con mi ejemplo. Dios vela sobre ustedes. Nuestra esperanza tiene fundamento; ella nos muestra o la persecución que termina o la persecución que nos corona. En la alternativa entre una u otra veo el cumplimiento de nuestro destino. Hágase la voluntad de Dios, porque cualquiera sea el modo con que nos libere, sus misericordias eternas se derraman sobre nosotros.

Termino, mis queridos hijos, abrazándolos y rogando a Dios por ustedes. Ruéguenle por mí y reciban mi bendición paternal, como prueba de mis afectos por ustedes, de mi fe y de mi resignación sincera de no tener otra voluntad que la de Dios.

P. Demaris

La resurrección de la hija de Jairo

LOS CISNES

A Juan Ramón Jiménez

¿Qué signo haces, oh Cisne, con tu encorvado cuello
al paso de los tristes y errantes soñadores?
¿Por qué tan silencioso de ser blanco y ser bello,
tiránico a las aguas e impasible a las flores?

Yo te saludo ahora como en versos latinos
te saludara antaño Publio Ovidio Nasón.
Los mismos ruiseñores cantan los mismos trinos,
y en diferentes lenguas es la misma canción.

A vosotros mi lengua no debe ser extraña.
A Garcilaso visteis, acaso, alguna vez...
Soy un hijo de América, soy un nieto de España...
Quevedo pudo hablaros en verso en Aranjuez.

Cisnes, los abanicos de vuestras alas frescas
den a las frentes pálidas sus caricias más puras,
y alejen vuestras blancas figuras pintorescas
de nuestras mentes tristes las ideas oscuras.

Brumas septentrionales nos llenan de tristezas,
se mueren nuestras rosas, se agostan nuestras palmas,
casi no hay ilusiones para nuestras cabezas,
y somos los mendigos de nuestras pobres almas.

Nos predican la guerra con águilas feroces,
gerifaltes de antaño revienen a los puños,
mas no brillan la gloria de las antiguas hoces,
ni hay Rodrigos ni Jaimes, ni hay Alfonsos ni Nuños.

Faltos de los alientos que dan las grandes cosas,
¿qué haremos los poetas sino buscar tus lagos?
A falta de laureles son muy dulces las rosas,
y a falta de victorias busquemos los halagos.

La América española, como la España entera,
fija está en el Oriente de su fatal destino;
yo interrogo a la Esfinge que el porvenir espera
con la interrogación de tu cuello divino.

¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?
¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?
¿Callaremos ahora para llorar después?

He lanzado mi grito, Cisnes, entre vosotros,
que habéis sido los fieles en la desilusión,
mientras siento una fuga de americanos potros
y el estertor postrero de un caduco león.

Y un cisne negro dijo: «La noche anuncia el día».
Y uno blanco: «¡La aurora es inmortal, la aurora
es inmortal!» ¡Oh tierras de sol y de armonía,
aún guarda la esperanza la caja de Pandora!

Rubén Darío (1867-1916)
de ***Cantos de vida y esperanza***

Traducimos este artículo, aparecido originalmente en el periódico inglés The Guardian *el 12/2/2004, de la versión francesa de* B. I. Balkans Infos *Nº 86, CAP 8, BP 391, 75869 Paris Cedex 18, Francia, informada revista ya conocida de nuestros lectores, cuyo Nº 84 tuvo además la amabilidad de publicar un mensaje de nuestro director, en réplica a un artículo anterior en ella sobre la situación boliviana.*

LA FANTOCHADA DEL PROCESO MILOSEVIC

Hace dos años comenzó el proceso a Slobodan Milosevic en La Haya. Su fiscal jefa, Carla del Ponte, triunfaba al anunciar las 66 acusaciones de crímenes de guerra, crímenes contra la humanidad y genocidios atribuidos al ex presidente yugoslavo. La CNN fue parte de quienes lo calificaron como "el proceso más importante desde Nuremberg", mientras que la acusación describía "crímenes de un salvajismo medieval" supuestamente cometidos por el "carnicero de Belgrado".

Pero después de esos días embriagadores las cosas se pusieron horriblemente mal para la señora Del Ponte. Las acusaciones sobre la guerra de Kosovo debían ser la parte más fuerte de su inculpación. Pero no sólo el ministerio público fue dramáticamente incapaz de probar la culpabilidad personal de Milosevic en las atrocidades perpetradas allí, sino que se cuestionó la naturaleza y extensión de las atrocidades mismas.

Numerosos testimonios de la acusación se desenmascararon como mentirosos; así Bilail Avdiu, quien declaró haber visto "alrededor de una media docena de cadáveres mutilados en Racak", lugar de la controvertida matanza que desencadenó la guerra norteamericana en Kosovo. Las pruebas científicas ulteriores confirmaron que ninguno de esos cuerpos fue mutilado. Los íntimos que, según lo que se nos anunciara, debían confundir a Milosevic, no hicieron nada semejante. Rade Markovic, ex responsable de los servicios secretos yugoslavos, terminó por testimoniar a favor de su antiguo jefe diciendo que durante año y medio se lo sometió a "presiones y torturas" para que firmara una deposición preparada por el tribunal. Ratomir Tamic, otro miembro del círculo más íntimo, se evidenció pagado por la Inteligencia inglesa.

Cuando llegó a las inculpaciones sobre las guerras de Bosnia y Croacia, la acusación no corrió mejor suerte. Respecto de la peor matanza de cuya complicidad se acusara a Milosevic –la de 2 a 4.000 hombres y jóvenes en Srebrenica 1995– el equipo de Del Ponte nada produjo que contradijera el veredicto de la investigación de cinco años dirigida por el gobierno holandés, a saber, que no había "prueba alguna de que la orden de matar proviniera de los jefes políticos de Belgrado".

Para sostener la vacilante acusación, fue agitada ante el tribunal una serie de testigos de alto nivel. Al más reciente, el candidato presidencial en EE.UU y ex jefe de la OTAN Wesley Clark, se lo autorizó, violando el principio de un proceso público, a atestiguar en privado, con la posibilidad de que Washington exija se suprima del proceso verbal público todo lo que considere contrario a los intereses norteamericanos. A cualquier observador imparcial le es difícil evadir la conclusión de que Del Ponte hizo su trabajo al revés: primero las acusaciones, de las que luego procuró las pruebas. Llama mucho la atención que, ante semejantes violaciones a un proceso normal, una sola organización occidental de derechos del hombre, el *Helsinski Group* inglés, haya declarado su preocupación. Richard Dicker, observador delegado al proceso por *Human Wrights Watch* afirmó estar "impresionado" por el legajo de la acusación. Ciertos cínicos podrían subrayar que, como George Soros, el benefactor de *Human Wrights Watch*, financia al tribunal [1], era previsible que Dicker no dijera otra cosa.

Udith Armatta, una abogada americana, observadora por *Coalition for International Justice* (otra ONG financiada por Soros), va más lejos, pues se gloría por el hecho de que "cuando la sentencia haya sido pronunciada y haya desaparecido en esta celda, nadie oirá hablar más de él (Milosevic). Habrá cesado de existir". Bien por las viejas nociones en desuso acerca de que un proceso tiene la finalidad de determinar si alguien es culpable. Para Armatta, Dicker y sus secuaces parece que Milosevic ya es tan culpable como se pretende que lo sea.

Terribles crímenes fueron cometidos en los Balcanes durante los años 90 y es justo que los responsables respondan por ello ante un tribunal. Pero el tribunal de La Haya, un organismo cuya naturaleza política es evidente –creado y financiado por las mismas potencias de la OTAN que hace cuatro años desencadenaron una guerra ilegal contra la Yugoslavia de Milosevic– y que rehusó examinar las pruebas notorias de que los líderes occidentales eran culpables de crímenes de guerra en ese conflicto; este tribunal no es seguramente la instancia apropiada para ello.

Lejos de administrar justicia imparcial, como muchos progresistas aún creen, el tribunal demostró su tendenciosa defensa de los intereses económicos y militares de las naciones más poderosas del planeta. Milosevic está en el banquillo de los acusados por haber molestado esos intereses e, independientemente de lo que pase ante la corte, la

[1] Sabemos que se reunió con Kirchner en Nueva York (nota y foto en *Clarín*, 27/9/03, p.13). ¿Le habrá sugerido entonces que la Argibay (miembro del tribunal de La Haya que Soros mismo financia) fuera la próxima integrante de la Corte Suprema de Justicia en Argentina?

necesidad política exige que se lo encuentre culpable, si no de todos los crímenes de que se lo acusa, al menos de un número suficiente de ellos como para ser encarcelado de por vida. La denegación de justicia de La Haya estos dos últimos años es una lección de prudencia para quienes ponen tantas esperanzas en la Corte Criminal Internacional recientemente creada.

Los EE.UU. hicieron saber ya que no aceptaban la jurisdicción de esa corte. Los miembros del Consejo de Seguridad de la ONU tendrán poder de veto o de suspensión de sus investigaciones.

El objetivo de un sistema de justicia internacional que aplicara la ley igualitariamente para todos es admirable. Pero en un mundo donde ciertos Estados son más iguales que otros, su realización parece más lejana que nunca.

Neil Clark

Para meditar

No son «administradores» quienes salvan ni conservan los Estados

Ipse Tullius (...), suo sermone loquens, in principio quinti libri, commemorato prius Ennii poetae versu, quo dixerat,

Moribus antiquis res stat Romana virisque,

"Quem quidem ille versum", inquit, "vel brevitate vel veritate tanquam ex oraculo mihi quodam esse effatus videtur. Nam neque viri, nisi ita morata civitas fuisset, neque mores, nisi hi viri praefuissent, aut fundare, aut tam diu tenere potuissent tantam et tam iuste lateque imperantem rempublicam, Itaque ante nostram memoriam et mos esse patrius praestantes viros adhibebat, et veterem morem ac maiorum instituta retinebant excellentes viri.. Nostra vero aetas cum rempublicam sicut picturam accepisset egregiam, sed evanescentem vetustate, non modo eam coloribus iisdem, quibus fuerat, renovare neglexit; sed ne id quidem curavit, ut formam saltem eius et extrema tanquam lineamenta servaret. Quid enim manet ex antiquis moribus, quibus ille dixit rem stare Romanam, quos ita oblivione obsoletos videmus, ut non modo non colantur, sed etiam ignorentur? Nam de viris quid dicam? Mores enim ipsi interierunt virorum penuria, cuius tanti mali non modo reddenda ratio nobis, sed etiam tanquam reis capitis quodammodo dicenda causa est. Nostris enim vittis non casu aliquo rempublicam verbo retinemus; reipsa vero iam pridem amisimus"

(Ya Cicerón (...), hablando con sus propias palabras, al comenzar el libro quinto [del diálogo *sobre el Estado*], una vez recordado el verso del poeta Ennio, que dijera:

El Estado romano se mantiene por sus costumbres y sus héroes antiguos,

indica que "Este verso, tanto por su brevedad como por su verdad, me parece haber sido proferido a modo de un oráculo. Pues ni los héroes, si la nación no hubiese sido de costumbres adecuadas, ni las costumbres, si no la hubieran presidido tales varones, habrían podido fundar ni conservar por tanto tiempo un Estado que imperase tanto y con tanta justicia. Así que, ante nuestra memoria, las mismas costumbres patrias ponían a su servicio varones destacados, y estos sostenían las costumbres antiguas y las instituciones de nuestros mayores. Nuestra época empero, que recibió el Estado como una pintura egregia pero ya deslucida por su antigüedad, no sólo descuidó renovarle de algún modo los colores que había tenido, sino que ni siquiera se preocupó un poco de que conservara al menos su forma y sus contornos postreros. ¿Qué queda pues de las antiguas costumbres de las que Ennio dijo que mantienen el Estado romano, ya que las vemos tan obsoletas por el olvido que no sólo no son estimadas sino ni siquiera conocidas? ¿Y qué decir de los varones heroicos? Pues las costumbres perecieron por carencia de tales varones. De tal calamidad a nosotros no nos toca el deber de dar su razón solamente, sino también el de defendernos de ella a modo de acusados de un crimen capital. Pues por causa de nuestros vicios, no por casualidad, sólo retenemos la palabra Estado; la cosa misma hace ya tiempo la perdimos").

Marco Tulio Cicerón

(citado por San Agustín, *La ciudad de Dios*, II, 21, 3

LA SOLITARIA CRUZ DE ÑANDUBAY

« (...) Era mi padre un hombre enchapado a la antigua, de cabal educación española, cuyas severidades transmitió a sus hijos, pero de un *argentinismo* absoluto, venerador sin distingos de los revolucionarios de mayo. Jamás el 25 de la Revolución ni el 9 de la Independencia dejó de ostentar en la azotea de su casa de la capital o en el mirador de su estancia nuestra bandera. Llevado de esa pasión llamó a su establecimiento de campo "La Independencia". Unía mi padre a este sentimiento de patria profundas creencias católicas. Una de las habitaciones de su casa de campo, era la capilla donde oía misa diariamente la familia (...) Mi padre tenía dos pasiones artísticas: la música y la arquitectura (...)

La música era el más hondo amor de su espíritu. Usaba en su juventud un singularísimo bastón-flauta, que había hecho construir en Europa, y que le servía en sus paseos por las quintas de entonces, para repetir los valses de Strauss. Pero de los instrumentos musicales que dominaba hasta cierto punto, era su predilecto la guitarra.

Su corazón de argentino de derramaba ampliamente en ella. El maestro Cordero, famoso en su tiempo, le estimaba grandemente, y acudía con frecuencia a nuestra casa a tocar dúos con él. La guitarra, en manos de mi padre, no era el instrumento popular de todos conocido: era una lira, capaz de las más hondas, intensas, dulces y sagradas vibraciones. Bástame decir que en la sala de "La Independencia", esterada en verano, sus hijos nos reuníamos para ver este espectáculo extraño: ocupaba mi padre el centro, preludiaba en su guitarra suavísimas notas: y de los zócalos del contorno, haciendo sonar la estera, salían y avanzaban hacia él legiones de grillos, que concluían por trepársele encima... Y él, entonces, para hacernos reír, hería ásperamente las cuerdas, y era entonces de ver las desbandada de sus pequeños hipnotizados (...) »

« Mi madre (...) tenía gustos más complejos que mi padre. Amaba a la patria profundamente, pero no era demócrata (...)Parecía orgullosa a primera vista, y tenía corazón de tórtola, amoroso, modesto y tierno. El rasgo predominante de mi madre era una ingenuidad y candor que se diría no estar de acuerdo con la majestad de su aspecto (...) Católica como mi padre, era, sin embargo, menos intransigente con las demás creencias. Pienso que esa tolerancia nacía de sus conocimientos históricos, no comunes en su sexo y en su época (...)

Como en tantas porteñas de antes y de ahora, eran las flores su cultivo predilecto. Conservo aún en mi estancia, un añoso jazmín del Cabo que era el mimado de sus desvelos matinales... Meses antes de morir, me lo recomendó mucho, mucho, regándolo una tarde en la azotea de nuestra casa de la plaza San Martín... Por eso, hoy ocupa sitio de honor junto a mi castillo de "La vuelta de Obligado", y sus flores son el obsequio más íntimo que me es dado hacer a mi esposa, que fue tan amada de mi madre (...)

Sólo me resta añadir que mis sentimientos religiosos y el amor patrio, nacieron, allá en lo remoto, de algo tan intenso como simple. He recordado ya que en los dominios de mis antecesores, en las riberas del Paraná, se libró un combate famoso con dos escuadras extranjeras [inglesa y francesa. *N. de la R.*]. Allí murieron centenares de argentinos. Sobre esas tumbas, mi familia elevó en aquella época una cruz, "La solitaria cruz de ñandubay" que menciono en "El hogar Paterno" [poema de don Rafael. *id.*]. Ante aquella cruz, mi madre nos llevaba a orar, nos contaba la historia de los mártires allí enterrados, nos hacía tejer coronas de flores del aire, abundantes en los talares inmediatos, para entrelazarlas en ofrenda a los brazos de esa cruz; y así, en esa lección sublimemente práctica, aprendimos sus hijos a amar a Dios, a la patria y a sus héroes. ¡Toda la ciencia actual, todos sus análisis, todas sus afirmaciones, no arrancarán de mí esa lección imperecedera: ese clamor de tantos compatriotas muertos bajaba por los labios de mi madre a mi corazón de niño! »

Rafael Obligado

De *Páginas íntimas para el Dr. Carlos F. Melo, escritas a su pedido*

[*Actualmente, en el lugar del combate, en medio de una cantidad de placas, presuntamente en honor a los muertos, no existe la más mínima mención o recuerdo del poeta cuya vida fue signada por la cruz evocada aquí*]

CIELOS ABIERTOS: Actividades culturales 2003

1. *Encuentro*

El viernes 19 de setiembre en un cómodo salón del céntrico Hotel Cambremón de Buenos Aires ***El Pampero Americano*** y la fraterna revista ***Ciudad de los Césares*** (Casilla 16480, Correo 9, Santiago Chile), gracias a la generosa colaboración de muchos amigos y del Sindicato Mecánicos y Afines del Transporte Automotor, presentaron su publicación conjunta, Juan Domingo Perón y Carlos Ibáñez del Campo, ***La Segunda Guerra de la Independencia***, que comprende importantes alocuciones de los dos mandatarios, en 1953, sobre la unión de las naciones americanas. además de una conferencia de nuestro general acerca de las líneas directrices de su política americanista de aquel momento. El Dr. Erwin Robertson, director de la revista chilena, disertó entonces sobre: ***Actualidad de un encuentro, cincuenta años después***. Y el periodista Mauro Disandro sobre ***La soberanía nacional y la segunda fase del mundialismo***, ante nutrida y expectante concurrencia que posibilitó un interesante diálogo y con la que se compartió luego una cena de camaradería.

2. *Reuniones de estudio* (en Bartolomé Mitre 1618, Capital, por hospitalidad del *Centro Cultural Argenmia*)

11 de octubre: El profesor Martín Celerino ofreció una elocuente clase sobre ***Carlos III y su geopolítica americana***, en la que puso de relieve la singular obra americanista del gran rey que expulsó a la Compañía de Jesús y trazó lineamientos político-institucionales decisivos para la independencia de nuestras naciones.

25 de octubre: El arquitecto Horacio Baldasarre, refiriéndose a ***Berdiaev y su filosofía de la desigualdad***, comenzó con una ceñida rememoración del libro del filósofo ruso que lleva ese título y profundizó en su sentido selectivo de la conducción política y la cultura, ligado sin embargo con un basamento popular que no dé lugar a ninguna rancia o novedosa oligarquía, como la surgida de la revolución bochevique de 1917.

8 de noviembre: La licenciada Silvia G. de Rossi, al disertar sobre ***Galdós y la historia viva de los pueblos a través de un personaje femenino***, trazó un panorama de los principales personajes ficticios e históricos de la cuarta serie de los *Episodios nacionales* del gran novelista y meditó luego sobre la significación simbólica específica, en relación con el destino hispánico, de una de sus protagonistas de ficción.

22 de noviembre: El licenciado Arnaldo C. Rossi, con su conferencia ***Trascendencia e inmanencia: Dios y César en la guerra semántica***, culminó el ciclo dando más amplio desarrollo a una cuestión suscitada en el diálogo promovido por el encuentro del 19 de setiembre. Esta conferencia fue posteriormente publicada, embellecida con hermosas ilustraciones, por *Ciudad de los Césares* Nº 67 y difundida vía Internet.

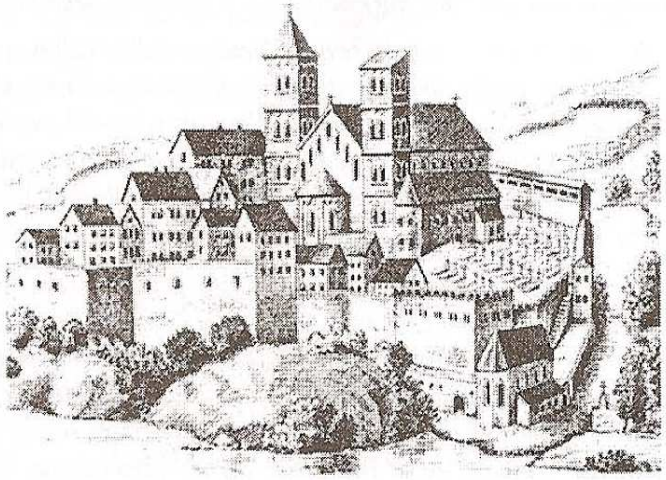
EL PAMPERO
a m e r i c a n o

es una publicación de:

EDICIONES
CIELOS ABIERTOS

director: Arnaldo C. Rossi

Casilla de Correo 107
1426 Buenos Aires
Argentina
e-mail: pamperamericano@iespana.es



Para orientarnos

❖ Excesivos interrogantes dejaron las explicaciones oficiales acerca de las acciones concretas, los autores y móviles del operativo *torres gemelas*. Pero con él sin duda se afianzaron guerras que el mundialismo precisa para que los pueblos acepten más rápido las transformaciones semánticas necesarias al gobierno mundial. El atentado del 11 de marzo en Madrid no elude estos parámetros, aunque con características nuevas: 1) Afecta a la vasta y creciente comunidad hispanohablante, la americana también, que debe sentir en su carne y psiquis el terror que la haga más dócil a las *fases* 1 ó 2 (ver p. 4) del mundialismo sinárquico. 2) Por el horario y el lugar elegido no apunta contra ningún símbolo del capitalismo depredador, sino contra una nación de tradición católica y por muchos siglos refractaria a él y contra un sector social de modestos trabajadores, que se quiere incluir por cierto dentro de las tiránicas alternativas señaladas. No nos sumamos pues a quienes celebraron en la sangrienta violencia de este hecho una suerte de victoria, islámica o no, contra la tiranía mundial. Por el contrario, he aquí la «sangrecita fresca», el permiso para que por un tiempo nos devoremos unos a otros, que las proféticas novelas de Dostoievsky señalan como necesarios cada tanto para que esa tiranía se sostenga.

❖ Las declaraciones de Carmen Argibay sobre aborto y "ateísmo militante" encendieron controversias. ¿Debería integrar la Corte Suprema de Justicia una jurista con estas convicciones, tan imprudentemente dadas a conocer además a la opinión pública? Pero la polémica levantada deja en la sombra lo fundamental: la Argibay es actual miembro del tribunal internacional (ver p. 20) que en La Haya está juzgando al ex presidente de Yugoslavia Slobodan Milosevic. O sea que esta pretendida defensora de derechos humanos entiende por tales los de las potencias de Europa y América que bombardearon sin piedad, bajo protección de la ONU, poblaciones indefensas de Serbia y Kosovo, en apoyo de las pretensiones, alegaron, de un sector guerrillero *islámico* (¡sí!) que, patrocinado por los mismos poderes hegemónicos que decidieron los bombardeos, sigue aún *hoy* asesinando serbios. Humanos son pues para doña Carmen los poderosos del mundo, no el Estado y el presidente que se defendieron de la agresión guerrillera separatista instigada por el gobierno mundial. Entendemos así qué derechos defenderá en su gestión esta "progresista", junto con el "progresista" gobierno que la propone: los del mundialismo más depredador. Nada más descabellado para el sostén de nuestra precaria soberanía ante la cantidad de movimientos de disgregación nacional y estatal hoy en pleno crecimiento en Argentina y en toda América románica (ver p. 5 a 7). Sin duda las discusiones éticas sirven para que las derrotas políticas pasen inadvertidas.

❖ También la controversia sobre el destino de la ESMA tapa lo que importa. En ella se enfrentan a) los que dada su pertenencia institucional son tenidos por sucesores del golpe del 76, que –so pretexto de victoria *militar*– gracias a la ilegalidad de su represión, su irredimible gorilismo, su «liberalismo» depredador o su insensata aceptación de la trampa sinárquica en Malvinas, transformó la victoria *política* de Perón contra el terrorismo guerrillero en la más estrepitosa de las derrotas. b) Los que instalados hoy en el gobierno y fundándose en supuestos derechos humanos, reivindican ese terrorismo que acosó los gobiernos constitucionales del general Perón y su legítima sucesora, asesinó muchos de los hombres más fieles del Movimiento Nacional y pactó con los del golpe del 76 para que el gobierno constitucional fuera más rápidamente desalojado. ¿Pero qué tiene que ver esta dialéctica insensata con la claridad política legada por nuestro general a su pueblo? Prudente pues la decisión de los gobernadores de no concurrir al acto sectario del 24 de marzo. Eso sí, a un gobierno tan empeñado en semejante despropósito, bien le caben las palabras sobrecogedoras de Ana Catalina Emmerick: "*Veo con frecuencia que personas muy estimadas y honradas deberían estar encerradas en casas de locos*". Que Dios nos proteja.

❖ En reportaje de la revista *Noticias* del 21/2/04. p. 61, uno de sus cínicos jefes menciona a los grupos originantes de Montoneros, *todos* de extracción eclesiástica. Entre ellos, los que proveniendo de la derecha clerical, habían pasado por la Acción Católica y "participaban mucho del centro de estudio de los jesuitas". Preguntamos a los compañeros, camaradas y colegas que, hoy por hoy, se comen unos cuantos montoneros crudos sólo para merendar: ¿Quien entonces era provincial de la militarmente organizada orden de los jesuitas, es decir el actual cardenal Bergoglio, nada sabía acerca de ese centro de estudio de sus subordinados? –¡¡¡Nooo!!!– responde un coro de despistados *patriotas argentinos*.

❖ Controversia insensata también, al servicio de una operación mundial de marketing y merchandising, la desatada por el film de Gibson sobre la pasión de Nuestro Señor. Difícil pensar, como ciertos defensores del altar y el trono, que de Hollywood y de toda la propaganda religioso-mediática que rodea a este montón de celuloide pueda salir nada congruente. La presencia de un Billy Graham entre los financistas y patrocinadores del film o el apoyo del Vaticano no son en todo caso tranquilizadores. Pero lo que importa es si una sucesión de imágenes evanescentes, un film pues, cualquiera sea, puede ser vehículo de la Fe, como parece pretenderse. Nosotros nos remitimos a las palabras del Señor ante el apóstol incrédulo: *makarioi hoi me idontes kai pisteusantes* (Bienaventurados los que no ven y creen; Juan 20.29). No necesitamos ningún sustituto visual para lo que el evangelio nos permite oír.